Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



El Egipto de Ramsés II

J. Muñiz, J. M. Santero y F. J. Presedo

16

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-34194-1995

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

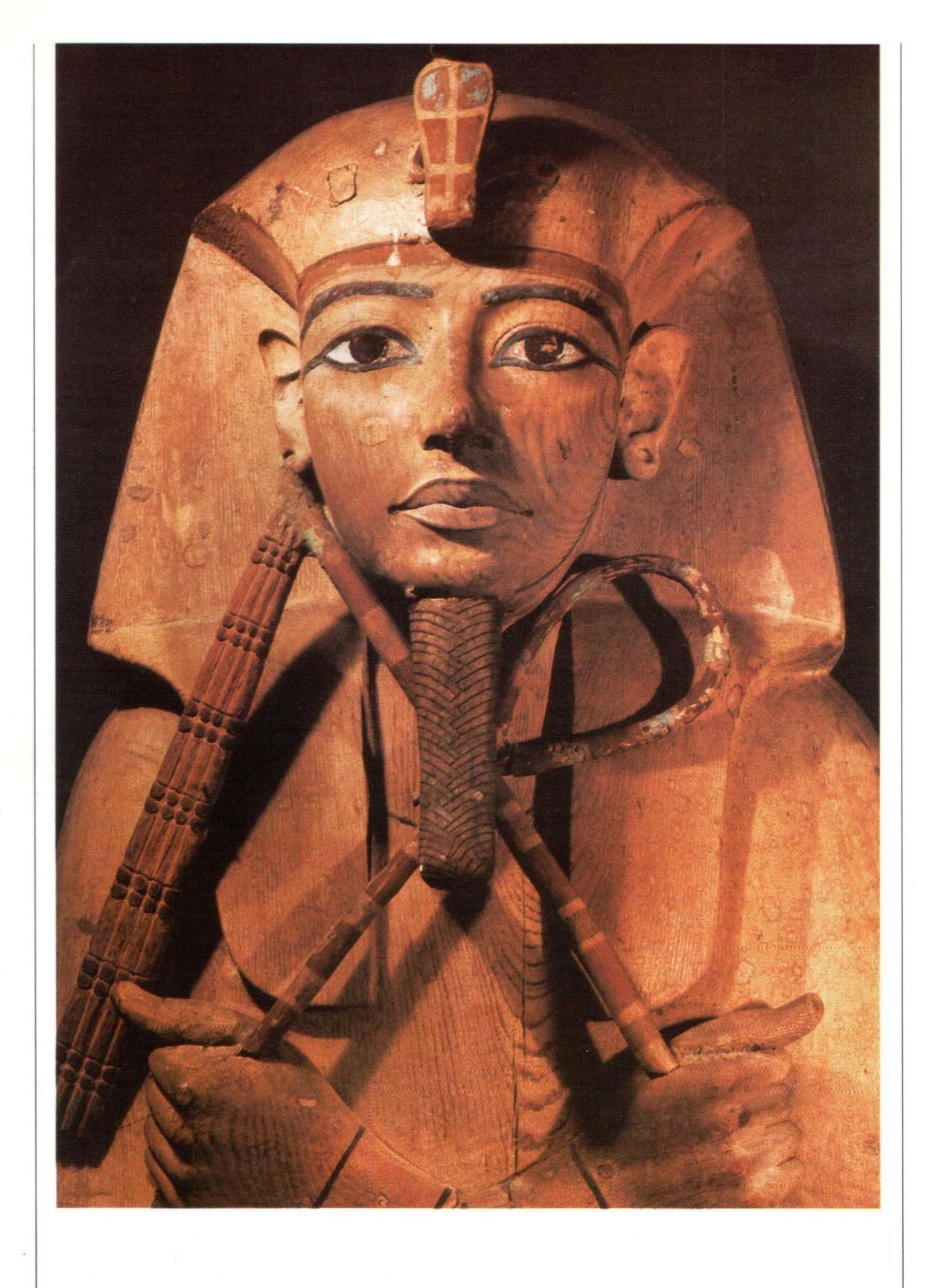
Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En la portada, detalle de una pintura de Weit al-Walli que representa a Ramsés II en una de sus campañas contra los nubios (Museo Británico, Londres). Izquierda: detalle de la cabeza del coloso de Ramsés II en Menfis



Ramsés II: talla de madera polícroma en la tapa de su sarcófago (Museo de El Cairo)

Ramsés II es una de las grandes personalidades de la Historia universal. Su larguísimo reinado de 67 años supone toda una época de la Historia de Egipto. Este país había sufrido una crisis profunda a finales de la dinastía XVIII. El triunfo de la modernidad en la obra de Amenofis IV amenazó todas las estructuras del Estado, que vio derrumbarse su preponderancia en Asia, y amenazó en el interior a los soportes del poder. Pero, al final, triunfó el espíritu conservador de la cultura egipcia. La reacción no se hizo esperar. Sin embargo, el nuevo espíritu no dejó de actuar en la época siguiente. La dinastía XIX trata por todos los medios de restaurar en todo lo posible el estado de cosas tradicional, y hay que reconocer que lo consigue en gran medida. En esta tarea la obra de Ramsés II adquiere la grandeza de un esfuerzo heroico por asentar el dominio egipcio en Asia, en Nubia, rechazar a los libios, dar al país un gobierno estable, en lo administrativo, lo religioso, y no digamos en lo artístico. Su obra tuvo efectos duraderos. Gracias a ella el valle del Nilo se sobrepuso, en tiempo de sus sucesores, a la gran bancarrota que afectó al Mediterráneo oriental.

Los días de la opulencia

J. Muñiz Coello
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla.

Como preludio de su futura política exterior, Ramsés II, al iniciar su reinado, trasladó su residencia a la frontera oriental del delta, en Pi-Ramsés, posiblemente en Tanis, antigua capital de los hicsos. Con esta novedad, por la que el faraón establecía el puente hacia sus conquistas en Asia, el delta arrebataba la capitalidad económica y administrativa que hasta ahora venía detentando Tebas, del valle medio del Nilo. Por otro lado, en Pi-Ramsés iban a confluir tanto la esencia de lo puramente egipcio como la de las corrientes orientales y principalmente sirias, que iban a dar el carácter mixto y cosmopolita que tipifica a la sociedad del Imperio Nuevo. La misma ciudad, instalada en la *Gran Corriente,* como los egipcios llamaban al brazo oriental del Nilo, se hallaba dividida en dos grandes barrios, uno consagrado a la gran Diosa Madre del Asia Anterior, Ishtar, y el otro, dedicado y patrocinado por la antigua Diosa Madre del delta, Uadjet. Ningún otro hecho puede hacernos comprender mejor el internacionalismo al que Ramsés II abocó su país y, con él, a la sociedad de su tiempo.

La inmensa prosperidad de que disfrutó Egipto durante la XIX dinastía, tanto por la acumulación de riquezas como por el progreso de la actividad económica, favorecido por medio siglo de paz, queda particularmente ejemplificada bajo el faraón que estudiamos. En las principales ciudades del país vivía una burguesía dedicada de antiguo al comercio e industria, actividades con las que ahora se enriquecía. Aunque no son abundantes los testimonios obtenidos, podemos observar a mercaderes instalados en los límites exteriores de los inmensos dominios de los templos, de cuya exportación de grano y cosecha se encargan. Estos comerciantes recorren además las ciudades, practican el préstamo a interés, trafican con plata y oro, dan créditos a sus clientes y establecen sucursales a modo de bancas en los centros neurálgicos del trasiego de mercancías del Nilo. La correspondencia de Tell El-Amarna los identifica como babilonios, egeos, fenicios, sirios y chipriotas, muy acorde con el ecumenismo de los tiempos, y llegan a poseer grandes fortunas mobiliarias, lo que les da a su vez una enorme influencia en la sociedad sobre la que se asientan.

Oro y plata en forma de anillas, collares y demás objetos preciosos circulan como instrumentos de cambio desde los lugares del delta a los más remotos de Mesopotamia, fruto de la actividad desarrollada por estos capitalistas y en la que todos están inmersos. En efecto, con Ramsés II, toda la

gente importante de Egipto está interesada en los negocios que proporciona el comercio y se dedica al tráfico internacional. El propio rey ordena a su virrey del Kush que cave pozos de agua en la ruta que desde Kubban llega al Wadi Alaki, donde se encuentra el oro necesario para sus propias mercaderías.

Los privilegiados

El lujo proverbial que caracteriza a las altas clases sociales de Tebas con Ramsés II, encuentra ahora canalización en la vida mundana y sofisticada que ocasiona la apertura de Egipto a Oriente. La satisfacción de las nuevas necesidades de consumo que crea Oriente, será una realidad merced al servicio de una compleja administración estatal que garantiza el bienestar de los privilegiados, a costa del trabajo que se exige a un proletariado de nuevo cuño, ahora inmenso y constituido por los prisioneros de las guerras y las poblaciones desplazadas como botín a Egipto.

El enriquecimiento de la burguesía administrativa es aún más patente que para otras clases de la sociedad. El número de funcionarios de la administración es ahora el mayor sin duda de toda la Historia de Egipto. Trabajadores de las oficinas del Estado y de los templos constituyen una pequeña burguesía aunque sus emolumentos no sean, al parecer, mucho mayores que los de los obreros especializados. El sueldo anual de un escriba ronda los cincuenta *deben* de cobre, a los que se descuenta el 10 por 100 como impuesto sobre la renta personal. De aquí para arriba, aumentan las retribuciones al ascender en la jerarquía administrativa. Los principales funcionarios estaban muy bien retribuidos, y continuamente recibían gratificaciones especiales en oro y plata, como reconocimiento del rey a los servicios prestados. Los escribas de la contabilidad tenían fama de ser los más ricos y poseían casa con cuidados jardines, un elegante coche, una barca de paseo, se vestían con costosos vestidos y perfumes, no faltando la buena mesa y el buen vino, servido todo ello por criados, lacayos y sirvientes.

Pero a diferencia de otras épocas, algunos de estos altos funcionarios procedían de las más humildes extracciones sociales, por lo que tal estamento no se constituía como una casta cerrada, típica de las anteriores generaciones.

El proletariado industrial, que incluye a buena parte de la población, sin poder parangonar su *status* con el de los anteriores, sí ha dejado de constituir una clase miserable y participa del bienestar de la época, aunque en mínima escala. Son hombres libres que viven con cierto desahogo, tienen acceso a algún tipo de propiedad y su instrucción y cualificación les hace sentir un orgullo profesional que el propio rey y los poderes públicos no dudan en reconocerles. En un conflicto laboral, se cuenta que un capataz había expulsado a una joven obrera inexperta, que trabajaba en el taller de tejidos del Estado. Denunciado el hecho, la madre de la expulsada invocó la justicia del visir y éste, a través del escriba, ordenó al capataz que readmitiera a la obrera, dando la razón a la demandante. Algo así resultaría impensable en la etapa anterior.

Más datos tenemos relativos a las condiciones de vida de los obreros que trabajaban al servicio del Estado y que debían constituir gran número, a juzgar por la amplia política de obras públicas desarrollada por este faraón. Poseemos el inigualable documento del poblado de Deir El-Medina, cercano a Tebas, que albergaba a obreros y artesanos empleados en la construcción de la necrópolis faraónica. A lo largo de cinco calles y en casas encaladas vivían nubios, descendientes de los antiguos hicsos y egipcios, todos libres, dedicados a la construcción de los monumentos funerarios. Su régimen alimenticio, a base de pan, carne de buey, ternera, gacela, aves y todo tipo de verduras, más vino, leche y cerveza, denuncia que sin duda vivían con agradable bienestar dentro de su oficio.

Una administración compuesta por dos jefes de los trabajos, un consejo de obreros, escribas y alguaciles preside la actividad de las aproximadamente 120 familias que componen la población. Las actividades allí existentes se evidencian en la mención documental de escultores, dibujantes, pintores, escribas, vigilantes, obreros con y sin cualificación y campesinos. Pescadores, pajareros, aguadores y lavanderos constituyen las actividades de otro





Ramsés II en dos representaciones: izquierda, niño, en una tableta votiva; derecha, busto (Museos de El Cairo y Británico de Londres)

grupo de personal que complementan la vida del poblado. Todos están afiliados a cofradías religiosas y celebran sus fiestas, oficios y procesiones. Los salarios debían ser más que suficientes, pues muchos de los obreros son dueños de sus casas (el nombre del propietario aparece regularmente grabado en los soportes de una columna de la vivienda), en las que viven con su mujer o concubina. Los obreros están exentos del pago de impuesto a excepción del impuesto personal, que grava a todos los egipcios.

Se trabaja en brigadas a las órdenes de un contramaestre que dirige y vigila la actividad, anotando las faltas al trabajo que se produzcan. Está justificada la ausencia por enfermedad, por celebración de la fiesta de la madre, y por ausencia o discusión con la esposa. Otras ausencias no eran motivos justificados y recibían una sanción. Un tribunal de obreros decide sobre los litigios que no afectan a lo criminal, pues en éstos sólo es competente el tribunal del visir. Con 100 garrotazos figura la pena con que se castigaban las injurias o blasfemias al faraón, pudiendo el acusado apelar al mismo soberano en caso de disconformidad con la sentencia.

A cada brigada se le asigna un médico que regularmente acude en visita al poblado, en virtud de unos principios de higiene en el trabajo. Los salarios se calculaban sobre la base del valor del grano de diversas calidades. El jefe de los obreros percibía un salario de 133 litros de un grano de primera calidad y otros 640 litros y pico de otro de segunda calidad; cada obrero cobraba 174,75 litros y 466 l., respectivamente; el vigilante de los trabajos 88,25 l. y 174,75 l.; el médico, 29 l. y 166,5 l. por cada visita efectuada, etc. La escasa diferencia entre los salarios del jefe de los obreros y los de éstos indica la existencia de un criterio democrático a la hora de repartir las retribuciones. Este salario se paga en víveres, pues diariamente cada obrero recibe cerveza, grano, pan, pescado seco y verduras, cada diez días, aceite, ungüentos y perfumes; sandalias y vestidos a medida que los necesite, y suplementos de carne en los días festivos.



Senedhem y su esposa Yineferti, representados ante una mesa de juego a las puertas de su tumba en Deir el Medina. Senedhem fue uno de los nobles distinguidos de la primera parte del reinado de Ramsés II

A pesar de todo, estos víveres no absorbían la totalidad del salario y así, lo no cobrado en especie, se recibía en cobre. Los escribas de los templos cobraban por este concepto cinco *deben* de cobre al mes.

También se tenía conciencia del derecho a ser bien tratado, y cuando tras la semana normal de ocho días de trabajo no se descansaban los dos siguientes, o cuando los alojamientos del lugar de trabajo se consideraban inadecuados o insuficientes, había protestas y huelgas. *Se tumban,* como indican las narraciones de la época. Sin temor a equivocarnos, no muy diferentes condiciones de vida disfrutaría el resto de los obreros que, ya en el delta, ya en el Alto Egipto, trabajaba a las órdenes de Ramsés II.

Peor situación soportaría el amplio sector del campesinado, para el que apenas vemos mejoras con respecto, por ejemplo, a las existentes en la XVIII dinastía. Al parecer, los campesinos no gozaban de exención fiscal como los obreros, pero por lo menos

desde Ramsés II recibieron protección contra las arbitrariedades de los agentes del fisco. En caso de insolvencia ante los recaudadores, ya no están amenazados de prisión ni sus útiles ni bienes son confiscados, como venía ocurriendo. La posibilidad de apelar abiertamente al visir les puso al abrigo en parte contra la impunidad de los agentes de la autoridad. En este sentido, el pequeño campesino apenas si modificó positivamente su condición social, merced a la prosperidad general que afectó a Egipto.

El poder sacerdotal

De todos los grupos, fue la clase sacerdotal la que sin duda supo aprovechar mejor para sí el signo de la prosperidad que caracterizó a la sociedad de Ramsés II. Y fue tal la potenciación que dicho estamento adquirió que, a la larga, constituyó el germen corrosivo que dio al traste con el Estado que, con tan aparentes bases sólidas, había creado Ramsés II. La peligrosa ascendencia tomada por el sumo sacerdote de Amón en Tebas le invitó a asumir tal cargo momentáneamente cuando, al ascender al trono, aquél estaba vacante.

La tendencia a la hereditariedad de tan importante puesto movió a Ramsés II, en el primer año de su reinado, a nombrar un alto sacerdote de Onuris, en Thinis, un tal Nebunnef, como sumo sacerdote de Amón. Con ello, momentáneamente sustraía tal función a los candidatos tebanos, que tan marcada influencia venían ejerciendo en todo el país. De poco debió de servir tal política, cuando desde 1262 el nuevo sumo sacerdote, Bakenkhonsu, era tebano, así como sus sucesores, con lo que la hereditariedad volvía a regir en el ascenso al cargo. La última parte del reinado de Ramsés II es una larga etapa de paulatina ascendencia de la casta sacerdotal de Amón, en menoscabo creciente de la autoridad centralista del faraón.

Bakenkhonsu logró el éxito de establecer en Tebas una corte sacerdotal propia, como si de un faraón se tratara y rememorando los mejores tiempos de la V dinastía. Otro sumo sacerdote de Amón, Rome-Roy, obtuvo el cargo civil de *director de todos los sacerdotes del Alto y Bajo Egipto,* sustrayéndolo al faraón. A un tiempo, las posesiones de los templos tomaban el aspecto de señoríos que, en el Alto Egipto se organizaban como base en la autarquía económica. De la posesión de tierras por parte del templo, a la presión como beneficio familiar, se pasó en breve, y las tenencias a perpetuidad se transmitieron de primogénito a primogénito.

A su vez, los beneficiarios de la oligarquía clerical dieron tenencias a los campesinos libres, y éstos a su vez también acudieron a los subarriendos, por lo que el panorama era cada vez más el de la existencia de un Estado dentro del Estado. Todo campesino que trabajaba en las tenencias de un templo se sometía a los tribunales de justicia del dios patrocinador de la fundación, sin depender de la justicia real.

En estos islotes sustraídos a la autoridad del monarca, la evolución del derecho se detuvo y aun retrocedió. El Estado ya no podía censar ni reclutar a la población que se refugiaba en la inmunidad. Un tribunal paralelo compuesto de ocho sacerdotes asumió los litigios entre sacerdotes, hasta entonces competencia del visir.

Soldados profesionales

Por otro lado, mientras Ramsés aumentaba las donaciones de prisioneros de guerra a las fundaciones, puesto que a Amón debía sus victorias, la inmunidad de levas que desde tal instante contraían estas masas de posibles soldados creaba un creciente déficit de tropas en los ejércitos faraónicos. Por todo ello, esta situación propició el encumbramiento de una nueva clase o grupo social, la de los soldados profesionales, a los que en última instancia recurriría Ramsés II para mantener el equilibrio de sus fuerzas.

Los nuevos soldados fueron beneficiados con feudos inalienables e indivisibles, pronto objeto de subarriendos, como pago a sus servicios y garantía de la fidelidad a su señor, el faraón. De esta forma, de la oligarquía sacerdotal surgía *ad laterem* otra nueva oligarquía de carácter militar, ambas con denominador común en su régimen señorial y que, a medida que avanzaba el reinado, acentuaba la hipertrófica desmembración y en definitiva, anulación de la autoridad regia, base del esplendor del Estado surgido en la XIX dinastía.

Cuando la semilla de la descomposición que acabamos de evidenciar llegue al resto de los estamentos del Estado, el fin de una época estará confirmado. A finales del reinado, el mal afectaba ya a la administración, en la que iba tomando cuerpo un anquilosamiento burocrático, acaso tan sólo comparable a lo sufrido por nuestra España de Felipe II, cuyo recuerdo nos viene ahora a la memoria. Baste citar unos ejemplos. Un escriba debía hacer una petición escrita al Tesoro si deseaba obtener leña suficiente para calentar su oficina. El oficial de policía que solicitaba algunos soldados para una emergencia debía mandar un oficio por duplicado a la autoridad militar, mencionando los nombres de aquellos que debían ponerse a su disposición. Con tales presupuestos, resultaba obvio predecir el final de una época, acaso la más gloriosa de la Historia de Egipto.

Del Nilo al Orontes

José M.ª Santero Santurino
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla.

El antiguo Egipto presenta una palpable muestra de uniformidad en las fases evolutivas de su Historia. Probablemente los condicionantes geográficos de un territorio estrecho y desmesuradamente largo, que con unos límites siempre desérticos, dependía en todo momento del río Nilo, determinaron en parte la formación de esas fases evolutivas de su Historia: 1) unificación; 2) consolidación; 3) expansión, y 4) crisis desintegradora. Estas fases del proceso histórico egipcio se iniciaron repetidas veces, determinando una política exterior defensiva u ofensiva para conseguir, según los casos, la consolidación interna y la expansión exterior.

La unificación con la que Egipto abre sus puertas a la Historia hacia el año 3000 a.C. bajo la autoridad única del rey Narmer era difícil de consolidar sin una política defensiva contra los beduinos nómadas que amenazaban en las fronteras. Este fue, sobre todo, el objetivo del Imperio Antiguo, que culmina con la crisis interna del llamado *feudalismo* egipcio y la independencia de los monarcas. La unificación se produce de nuevo con el rey tebano Mentuhotep hacia el 2050 a.C., con el que se inicia el Imperio Medio, caracterizado, en lo que a política exterior se refiere, por un reforzamiento de las fronteras egipcias para consolidar la unificación y por un tímido carácter expansionista hacia Oriente de la dinastía XII, que no tiene demasiado éxito, puesto que elementos procedentes de Asia, los hicsos, penetran en Egipto provocando de nuevo la desunión del país al final del Imperio Medio.

El Imperio Nuevo egipcio reemprende la unificación lograda por el tebano Ahmosis hacia 1580, al expulsar a los hicsos y fundar la dinastía XVIII, que fue la encargada no solamente de consolidar esa unidad, sino de emprender ya una decidida política expansionista hacia Asia sobre los nuevos presupuestos básicos de un Estado militar, con ejército profesional permanente, dotado de técnicas bélicas aportadas por los hicsos, como el carro de guerra, y, sobre todo, con una idea imperialista ya perfectamente formada en la mentalidad egipcia.

Esta política expansionista culmina en la dinastía XVIII con el reinado del gran Thutmosis III, que a partir de 1483 a.C. en 17 campañas consecutivas consigue que el Imperio egipcio en Asia llegue a la máxima extensión de su historia, estableciendo sus límites en el río Eufrates y haciendo que su autoridad sea reconocida por todo el Próximo Oriente.

Tras un paréntesis de crisis, radicalizada en la disensión religiosa entre partidarios del dios Amón y partidarios del dios Atón, y protagonizada por



Ramsés II ataca a los hititas en la batalla de Qadesh (dibujo de un detalle de la representación de la batalla en la Sala de las Columnas del templo de Abu Simbel)

el cismático Amenofis IV (Akhenatón) que descuidó el Imperio asiático, Egipto vuelve a consolidarse, unificado bajo la autoridad militar de Horemheb, con quien termina la dinastía XVIII.

La dinastía XIX, a la que pertence Ramsés II, objeto de nuestro estudio, se inicia hacia 1314 a.C. con Ramsés I, de corto reinado y Seti I, padre de Ramsés II, que en tres grandes campañas bélicas consolidó las posiciones egipcias en Asia frente al rey hitita Muwatalli, alma de la resistencia y de las coaliciones sirias antiegipcias. Sin embargo, Seti I no logró la reconquista total de Siria ni alcanzó los límites conseguidos por Thutmosis III.

«Los guerreros del mar»

Usimare Ramsés II ya había sido corregente en los últimos años del reinado de su padre Seti I. A la muerte de éste (1298 a.C.) no hubo problemas y pasa su ascenso al trono en una situación interior estable. Pero en el exterior, el hitita Muwatalli, aprovechando las circunstancias del cambio de reinado en Egipto, quizá para sondear la capacidad agresiva del nuevo rey, hostigaba desde sus posiciones sirias con el ánimo de volver a poner sobre el tapete la problemática fronteriza que delimitaba ambas potencias.

Sin embargo, la intencionalidad del joven y enérgico Ramsés II desde el comienzo de su reinado quedaba bien clara y manifiesta en el mismo hecho del traslado de su residencia habitual a la ciudad de Pi-Ramsés-miamün —la antigua Avaris y la posterior Tanis, actualmente localizada en San el-Hagar, según la teoría más admisible (cf. P. Montet, *Les énigmes de Tanis.* París, 1952, págs. 94-105)— en el delta oriental del Nilo. En efecto, este cambio de residencia no sólo se explica por razones de índole familiar, ya que de allí procedían sus antepasados, sino también por razones políticas y tácticas, pues desde el delta oriental Ramsés II estaba más cerca del escenario asiático y las expediciones bélicas podían realizarse con mayor celeridad al tener próxima y fácil la salida a Asia.

Sin embargo, la política exterior de Ramsés II no se inició directamente en Asia. Una estela de Asuán con una inscripción, que es un descarado elogio del rey, dice que en el año 2 de su reinado (1296 a.C.) Ramsés II venció,

además de a elementos asiáticos —puro formulismo—, a *extranjeros del norte* (elementos indoeuropeos), a tehenu (libios), a *guerreros del mar* y a nubios, aceptando la sumisión de Babilonia, Kheta (hititas) y otro país (ilegible). Este documento (cf. J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt*. New York, 1962 repr., vol. III, págs. 204-205, 478-479), poco fiable por su tono excesivamente elogioso y propagandístico, además de fórmulas tradicionales estereotipadas que se repiten como clichés y por tanto, carecen de valor histórico, contiene la referencia a esos *extranjeros del norte* y *guerreros del mar,* que deben identificarse con los hombres de ojos azules y piel clara que ya desde época de Sethi I amenazaban junto a libios autóctonos en la frontera oeste de Egipto (relieves de los muros de la gran sala hipóstila de Karnak). Son como los pioneros de la gran invasión indoeuropea que con el nombre de *Pueblos del Mar* conocerán y sufrirán los sucesores de Ramsés II. Pero por ahora estos intentos de invasión no tenían suficiente fuerza y el faraón pudo rechazarlos en los primeros momentos de su reinado, reforzando la frontera occidental de Egipto.

La batalla de Qadesh

Una vez aseguradas las propias fronteras, ante el insistente hostigamiento del rey hitita Muwatalli y sin duda, también con ánimo expansionista por su parte, Ramsés II en el cuarto año de su reinado (1294 a.C.) inició su importante política exterior en Asia. Su primer objetivo, como en reinados precedentes, fue asegurarse la costa fenicia para conectar siempre con Egipto vía marítima. En este sentido, es importante como documento una de las estelas de Ramsés II aparecida en el río Nahr el-Kelb (río del Perro), al norte de Beirut y al sur de Biblos, fechada en el año 4 de su reinado, que hace referencia a esta primera campaña.

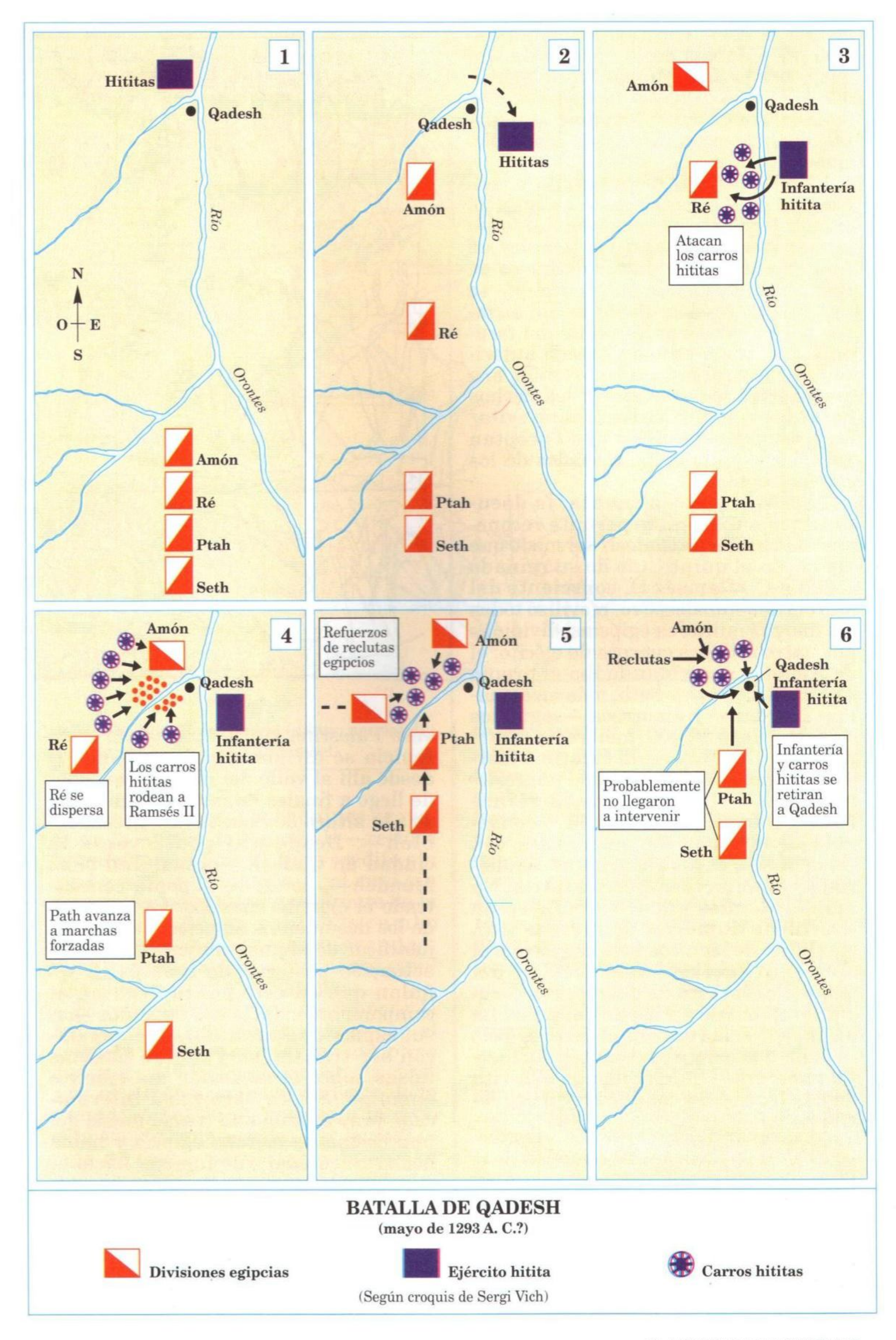
Muwatalli, ante la perspectiva del avance de Ramsés II hacia el norte, que ya había empezado a surtir efecto con el paso a la alianza egipcia del príncipe del país de Amor y considerando que la tregua entre ambas potencias podía darse por rota, inició sus gestiones para formar una impresionante coalición. Entretanto, Ramsés II parecía decidido a todo en su avance. Se estaba fraguando un resonante enfrentamiento entre hititas y egipcios, quizá el más importante de la Historia egipcia, por lo que no es de extrañar que la batalla de Qadesh haya sido considerada como una de las más célebres batallas del mundo antiguo en su conjunto, como después lo serían Cannas o Farsalia.

En Qadesh se iban a enfrentar las dos mayores potencias del momento, cuyo choque daría unos resultados decisivos que desequilibrarían la alianza e inclinarían la historia a favor de uno u otro bloque, porque ahora ya no se trataba de simples disputas fronterizas, como en épocas precedentes, sino que estaba en juego el dominio del Mediterráneo oriental a partir de la costa asiática.

Probablemente también la fama de la batalla de Qadesh sea debida al hecho de que disponemos de una abundante documentación pormenorizada de la misma, aunque desgraciadamente sólo en la versión egipcia, lo que es un serio inconveniente a la hora de juzgar con rigor los acontecimientos, con frecuencia falseados intencionadamente por los escribas aduladores.

La documentación disponible ha sido recogida con todas las variantes por C. Kuentz *(La bataille de Qadesh.* MIFAO, El Cairo, 1928-34). Los textos están totalmente traducidos al alemán por A. Erman *(Die Literatur del Aegyptes,* Leipzig, 1923, págs. 325-337; repr. Hildesheim, 1971) y parcialmente al inglés, por J. H. Breasted *(Anc. Rec.,* vol. III, 298-351, págs. 125-157). Esta documentación está compuesta fundamentalmente por el llamado *Poema de Pentaur,* por el relato oficial de la batalla en inscripciones de diversos templos y por los relieves que acompañan a esas inscripciones.

El *Poema de Pentaur,* además de reproducirse en inscripciones jeroglíficas de los templos, se conserva también en caracteres hieráticos en un papiro. Su nombre se debe a que en un principio se creyó autor del poema a Pentaur, que no es más que un copista, por cierto bastante malo, que se limita a reproducir con rastrera adulación composiciones poéticas similares de reinados anteriores —probablemente de un poema dedicado a Thutmosis III, que se conserva fragmentariamente en


1
Hititas
Qadesh
Río
Orontes
N
O
E
S
Amón
Ré
Ptah
Seth
2
Qadesh
Hititas
Amón
Río
Ré
Orontes
Ptah
Seth
3
Amón
Qadesh
Infantería hitita
Ré
Atacan los carros hititas
Río
Orontes
Ptah
Seth
4
Amón
Qadesh
Ré
Infantería hitita
Ré se dispersa
Los carros hititas rodean a Ramsés II
Río
Path avanza a marchas forzadas
Ptah
Orontes
Seth
5
Refuerzos de reclutas egipcios
Amón
Qadesh
Ptah
Infantería hitita
Seth
Río
Orontes
6
Amón
Reclutas
Qadesh
Infantería hitita
Probablemente no llegaron a intervenir
Ptah
Seth
Infantería y carros hititas se retiran a Qadesh
Río
Orontes
BATALLA DE QADESH
(mayo de 1293 A. C.?)
Divisiones egipcias
Ejército hitita
Carros hititas
(Según croquis de Sergi Vich)

el Museo de Turín—, añadiendo noticias poco fiables de la batalla de Qadesh, con la única intención de glorificar a Ramsés II, describiendo hazañas irrealizables con un lenguaje ampuloso, lleno de exageraciones y contradicciones.

El relato oficial de la batalla se encuentra fundamentalmente en inscripciones jeroglíficas, acompañadas de numerosos relieves en los templos de Abu Simbel, Rameseum y de Luxor de Ramsés II. Teniendo en cuenta que se trata de la versión oficial hecha siempre para gloria y propaganda del faraón y que, como en todo Estado autoritario, la libertad de expresión era desconocida, es preciso ver los hechos narrados con ojos críticos para evitar tergiversar la realidad si se aceptan sin más los relatos fantaseados de los escribas egipcios.

Teniendo esto en cuenta, la documentación disponible permite reconstruir la batalla de Qadesh del modo que sigue. En el quinto año de su reinado (1293 a.C.) Ramsés II, consciente del enfrentamiento decisivo, movilizó todas las fuerzas militares egipcias, divididas en cuatro grandes cuerpos de ejécito: el de Amón, a cuyo mando iba el propio rey, el de Ré Ptah y Seth, más mercenarios shardanos y amorreos —según los cálculos, unos 20.000 hombres—. Tampoco el hitita Muwatalli escatimó fuerzas y medios para formar una impresionante coalición entre unos veinte Estados de Anatolia y Siria —conseguía su adhesión con amenazas o con promesas—, cuyos efectivos se añadieron al ya numeroso ejército hitita. En ambos bloques puede calcularse un equilibrio numérico de fuerzas y un equilibrio de técnicas bélicas, porque el elemento guerrero más decisivo del momento, el carro de guerra, era conocido y utilizado en los dos bandos. La única diferencia era que el carro egipcio llevaba dos hombres —un conductor y un guerrero—, mientras que el hitita llevaba tres —un conductor y dos guerreros.

Error táctico

Ramsés II al frente de la división de Amón, seguida de cerca por la de Ré y en la retaguardia, por este orden, las de Phat y Seth, salió de la fortaleza de Tharu a finales del mes de abril, atravesó Palestina y a lo largo de la costa fenicia se dirigió al país de Amor, y desde allí al valle del río Orontes, donde llegó a finales de mayo, deteniéndose a la altura de Shabtuna —actual Ribleh—. Desde allí podía verse la ciudad de Qadesh —actual Tell Nebi Mendeh—, donde se suponía concentrado el ejército enemigo. Las noticias de los documentos egipcios, quizá para justificar de alguna manera la errónea actuación posterior de Ramsés II, señalan que en este punto llegaron al campamento egipcio dos beduinos shasu, espías de Muwatalli, que simularon ser tránsfugas y dieron noticias falsas sobre la situación del ejército enemigo. Según esta falsa información, Muwatalli había tenido miedo del impresionante ejército egipcio y había hecho retroceder sus fuerzas hacia el norte, hasta la región de Alepo, cuando en realidad el ejército hitita y el de los demás coaligados asiáticos estaba escondido por detrás de la fortaleza de Qadesh, al norte, desde donde no podía ser divisado por los egipcios.

Las falsas noticias y las fingidas adulaciones de los espías beduinos provocaron la euforia de Ramsés II —resulta extraño que el faraón diera crédito sin más a esta información—, el cual sin demora vadeó el Orontes al frente de la división de Amón, poniendo rumbo hacia Qadesh a marchas forzadas, mientras que las otras divisiones egipcias quedaban muy retrasadas.



Detalle del triunfo del faraón (dibujo parcial de la escena de Qadesh, en Abu Simbel)

El gran error táctico de Ramsés II fue precisamente no esperar a que el ejército estuviera más unido para avanzar. Al llegar a Qadesh, la división de Amón acampó al noroeste de la ciudad, con el fin de esperar a la división de Ré, que era la que le seguía más de cerca, para atacar la ciudad que no admitía la soberanía egipcia. Pero ya era tarde para rectificar, porque el ejército hitita, conocedor de la situación, había hecho una maniobra envolvente colocándose al sureste de Qadesh. En efecto, cuando la división de Ré pasó a su altura, el ejército hitita atravesó el Orontes al sur de Qadesh y se precipitó sobre ella desbaratándola. Ramsés II se enteró de la maniobra de Muwatalli —la colina y la fortaleza de Qadesh le habían impedido conocer las verdaderas posiciones enemigas— por dos espías hititas capturados y apaleados hasta confesar. Pero era demasiado tarde. Comenzaron a llegar los fugitivos de la división de Ré, y tras ellos los veloces carros hititas irrumpieron con tremenda fuerza en el campamento de la división de Amón, cuyos efectivos, sorprendidos, emprendieron la huida junto a los de la división de Ré que aún quedaban.

Ramsés II, que al darse cuenta de su error había descargado sus iras sobre sus oficiales, y tratando aún de poner remedio había mandado mensajeros a la división de Ptah para que se le uniera a marchas forzadas, se quedó prácticamente solo rodeado por la «carrería» hitita. Este es el momento en que el *Poema de Pentaur* encuentra terreno abonado para prodigar sus elogios y fantasear las hazañas del divino faraón. Este fragmento literario preten-

de que la solución a esta situación tan comprometida se debe exclusivamente a la valerosa acción personal de Ramsés II, lo que resulta de todo punto inadmisible.

«Los voy matando a mi antojo»

El poema se expresa en los siguientes términos: *Su majestad brilló como su padre Montu, cuando cogió los atavíos de la guerra; así que se puso su cota de malla, era semejante a Baal en este momento. El gran tiro de caballos que llevaba su majestad era llamado entre los conductores:* Victoria de Tebas *de los grandes establos de Ramsés (II). Su majestad se separó del tumulto que huía; entonces él cargó sobre el enemigo, el vencedor de Kheta, estando solo consigo mismo (completamente solo) y ningún otro con él. Cuando su majestad miró tras él, vio 2.500 carros a su alrededor, cortándole la retirada; estaba allí toda la juventud del miserable país de Kheta, juntamente con sus numerosos países aliados: de Arvad, de Mesa, de Pedes, de Keshkesh, de Erwenet, de Kezweden, de Alepo, Eketeri, Qadesh y Luka; iban tres hombres en cada carro, actuando al unísono.*

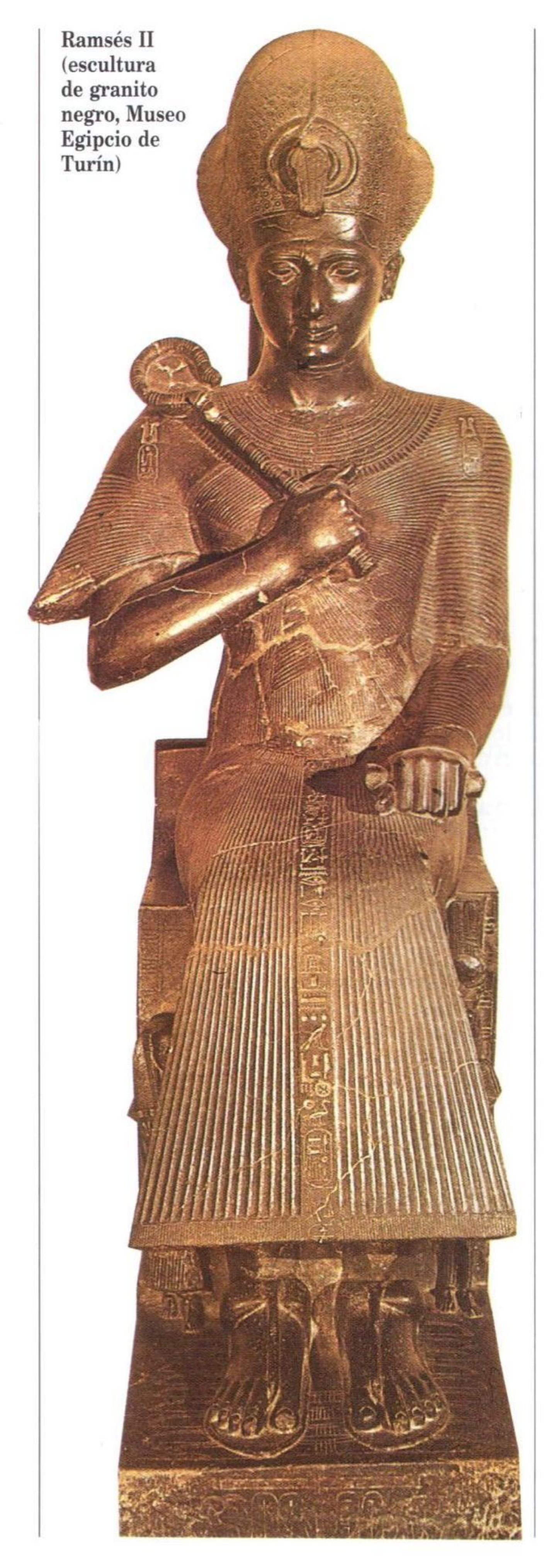
El desenlace de la situación aparece como algo milagroso en los documentos egipcios. Ramsés II, tras una larga invocación a Amón *—¿puede un padre olvidarse de su hijo?... ¡Yo te imploro, Amón, padre mío!...—*, actúa con el poder de un dios *—mis flechas vuelan hacia la izquierda y lucho a la derecha—* mientras los enemigos tienen las manos paralizadas, y el faraón los precipita *al agua como si fuesen cocodrilos; caen unos encima de otros, y los voy matando a mi antojo.* De esta forma, en su apoteosis, Ramsés II es considerado la encarnación de Seth ante quien sus enemigos huyen, logrando él solo sobre su carro una resonante victoria, aunque reconoce el fracaso de su propio ejército, que ya es algo: *Todos os habéis portado de una manera infame conmigo. Ninguno de vosotros me ha tendido la mano para ayudarme en la batalla.*

Es cierto que Ramsés II salvó la vida en esta batalla, pero sin menoscabo de su valor, es inadmisible que estuviera él solo con su auriga, Menna y los dos caballos que tiraban de su carro, *Victoria de Tebas* y *Nut la satisfecha*, a los que después hizo comer el pienso en su presencia como agradecimiento. En primer lugar es improbable que su guardia personal le abandonara, pero además, de los propios documentos egipcios se desprenden datos que pueden aclarar esta circunstancia: se menciona la llegada de un destacamento de nuevos reclutas que habían desembarcado en la costa de Amurru y que debió jugar un papel importante en la salvación del faraón mientras una gran parte del ejército hitita se entretenía saqueando el campamento egipcio. Estos datos parecen ajustarse más a una lógica y explican que Ramsés II pudiera recomponer los restos de las divisiones de Amón y de Ré, retirándose hacia el sur, a la altura de Damasco.

Desde el punto de vista táctico, la batalla de Qadesh, como acción bélica concreta, fue una lección de estrategia de Muwatalli y una rotunda victoria hitita, donde se emplearon fórmulas tácticas análogas a las de los cananeos en Megiddo contra Thutmosis III (cf. S. Yeivin, «Canaanite and hittite strategy in the second half of the second millennium B.C.», *Journal of Near Eastern Studies,* 9-1950, págs. 101-107). La prueba más evidente de la victoria hitita es que Ramsés II, a pesar de que las crónicas le dan por *vencedor absoluto del miserable Kheta,* no siguió su avance y ni siquiera pudo tomar la ciudad de Qadesh, sino que se retiró hacia el sur con sus dos primeras divisiones diezmadas.

Sin embargo, no es menos cierto que Muwatalli o bien no supo aprovechar su ventajosa situación o no se consideró vencedor, porque en vez de avanzar hacia el sur, como cabría esperar, envió una propuesta de paz a Ramsés II, que por supuesto el faraón aceptó. Hecho que los cronistas egipcios aprovechan para prodigar alabanzas a la magnanimidad del rey, pero que posiblemente ratifique su posición de vencido.

La polémica de los historiadores en torno al resultado de la batalla de Qadesh puede ser interminable, porque las distintas posiciones dependen siempre de la óptica con que se analicen los documentos egipcios, que son los únicos de que disponemos. Pero no cabe la menor duda de que fue una prueba de fuerza entre las dos grandes


Ramsés II (escultura de granito negro, Museo Egipcio de Turín)

potencias de la época y de ella se sacó una importante lección: era necesaria una paz de equilibrio para evitar una conflagración general de gravísimas consecuencias no sólo para Egipto, sino para toda la Historia del Oriente antiguo. En este punto sí que mostraron inteligencia política ambos contendientes, lo que resulta admirable para su tiempo.

El tratado de paz egipcio-hitita

Los años siguientes a la batalla de Qadesh demuestran la existencia de un acuerdo, tácito o expreso, de no agresión directa por los dos bloques, manteniéndose el *statu quo* a pesar de que aún no se había firmado el tratado definitivo. Sin embargo, Ramsés II tuvo problemas en sus propias posesiones asiáticas. Un relieve de Karnak alude a la rebelión de la ciudad de Ascalón, a la que siguieron sublevaciones en otras ciudades palestinas, por lo que el rey egipcio tuvo que emprender una serie de campañas a partir del año 7.º de su reinado (1291 a.C.), que culminaron con la penetración en el antiguo país de Naharina y la toma de la ciudad de Tunip, en cuya resistencia colaboraron tropas hititas, según se desprende de la fragmentaria documentación del Rameseum. Sin embargo, es difícil establecer hasta qué punto detrás de estas sublevaciones estaba la mano del hitita Muwatalli.

El acuerdo de no agresión directa y el mantenimiento del *statu quo* por ambas partes produjo un equilibrio velado, que duró largo tiempo sin una ratificación expresa. Pero en el año 21 del reinado de Ramsés II (1278 a.C.) las circunstancias habían cambiado y la agresividad anterior con el paso de los años se había ido enfriando en ambas partes. En el reino hitita, la muerte del rey Muwatalli (hacia 1288 a.C.) había provocado una crisis interna por la rivalidad dinástica entre el heredero legítimo, Urhi-Tesup y su tío Hattusil, hermano de Muwatalli, que terminó con el ascenso al trono de este último (Hattusil III). El debilitamiento hitita que produjo esta crisis interna fue aprovechado por Ramsés II para reafirmar sus posiciones en Asia, sin que pueda asegurarse una ruptura del *statu quo*. Por otra parte, el rey de Asiria, Adadnirai, que daba muestras de ser

un gran rey, también quiso aprovechar el debilitamiento hitita para ampliar sus territorios. Sin embargo, cuando Hattusil III hubo reafirmado su posición en el trono hitita, demostró su poder rechazando los intentos de agresión asiria y pactando con el rey de Babilonia, Kadashmanturgu, con el fin de anular un posible futuro enemigo.

Pero la agresividad asiria iniciada por Adadnirari y continuada por Salmanasar I ya no era fácil de anular. Una tercera potencia había entrado en el juego político con gran fuerza y esto era altamente peligroso para los hititas, porque en un momento dado Asiria podía secundar las intenciones de Egipto. Hattusil III comprendió que no era posible mantenerse con dos enemigos a la vista y que se hacía necesaria la firma de un tratado de paz definitivo con Egipto, el adversario más fuerte.

Por su parte, Ramsés II ya no era el joven y fogoso guerrero de la batalla de Qadesh. Su madurez política estaba proporcionando a Egipto una paz y prosperidad inigualables, lo que invitaba a aceptar de derecho una situación que de hecho ya se mantenía desde hacía tiempo, como era el *statu quo* en Asia con respecto a los hititas.

En estas circunstancias se firmó el tratado de paz más importante de la historia egipcia entre Ramsés II y Hattusil III en el año 1278 a.C. (día 25 del primer mes de invierno). El texto del tratado se conoce en las dos versiones, egipcia e hitita. La versión egipcia, reproducida en el muro sur de la gran sala hipóstila de Karnak y en el Rameseum, ya era bien conocida cuando el alemán Hugo Winckler, excavando los archivos de la capital hitita, Hattussa (hoy Bogaz-Köy), durante la primera guerra mundial, encontró con sorpresa una tablilla de barro que en caracteres cuneiformes reproducía las cláusulas del tratado.

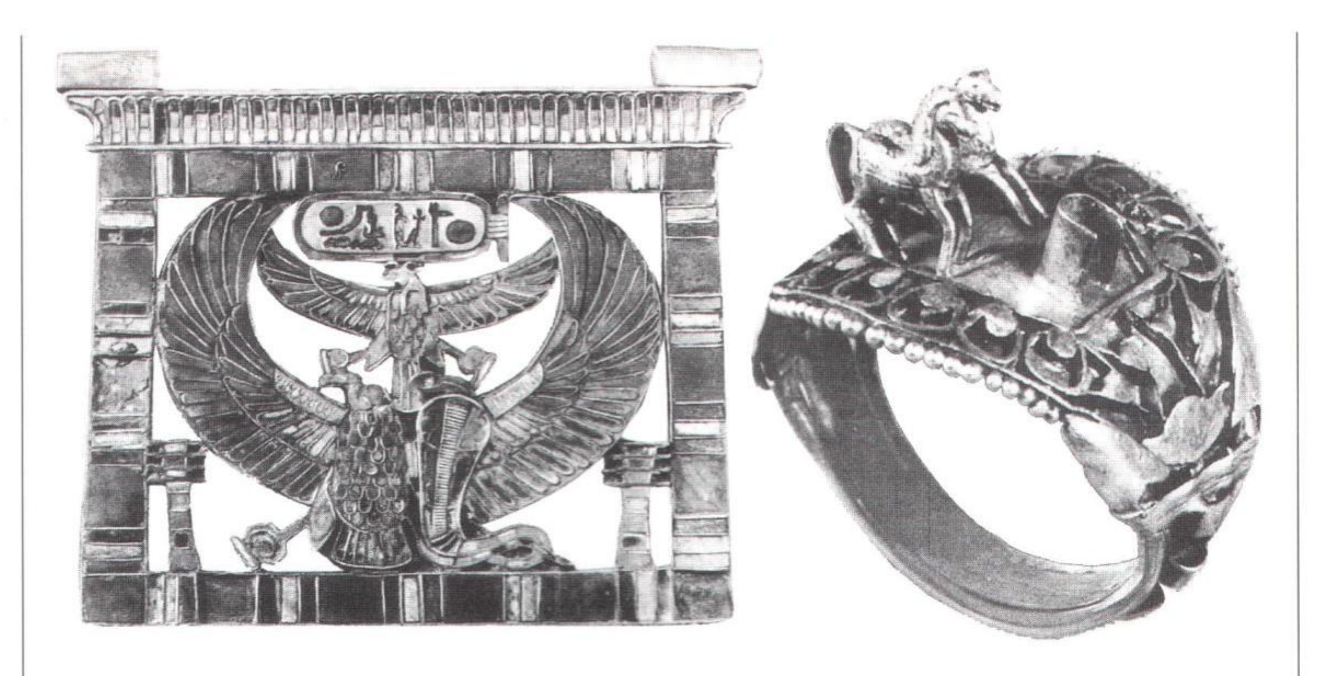
Dos versiones

Las dos versiones, publicadas repetidas veces, permiten conocer con bastante exactitud los términos en que se firmó la paz. No se puede dejar de citar aquí la tradución conjunta de las dos versiones, estableciendo la comparación con variantes y relaciones entre ambas, que hicieron los profesores S. Langdon y A. H. Gardiner («The Treaty of alliance between Hattusili, king of the hittites, and the pharaon Ramsses II of Egypt», en *The Journal of Egyptian Archaeology,* vol. VI, part. III, 1920, págs. 179-205.

A pesar de que el texto no es exactamente igual en las dos versiones, coinciden en los puntos fundamentales, lo que permite reconstruir con verosimilitud el contenido y las circunstancias del siguiente modo: dos embajadores de Hattusil III fueron enviados a Tanis, a la residencia de Ramsés II (Pi-Ramsés), portando una tablilla de plata (hoy desconocida) donde estaban escritas las cláusulas del tratado, que fue intercambiada por otra tablilla entregada por Ramsés II, sellándose el pacto.

Las cláusulas del tratado son de un interés excepcional y revelan una madurez política inusitada para su tiempo. Los 18 puntos a que puede reducirse su contenido hablan por sí solos al respecto.

1. Revisión de las anteriores relaciones entre los dos países: la paz de los tiempos antiguos y la reciente guerra.
2. Declaración formal del nuevo tratado de paz, que obliga también a futuras generaciones.
3. Mantenimiento del *statu quo,* con la renuncia mutua a cualquier tipo de intervencionismo agresivo en Siria, pero sin establecer límites concretos.
4. Reafirmación de los pactos hechos entre Suppiluliuma, abuelo de Hattusil III, y Amenofis IV y, después de la batalla de Qadesh, entre Muwatalli y Ramsés II.
5. Alianza defensiva, por la que Egipto exige de los hititas ayuda militar contra todo enemigo extranjero.
6. Cooperación hitita en el castigo de los súbditos sirios rebeldes a Egipto.
7. Igual al punto 5, en favor de los hititas.
8. Igual al punto 6, en favor de los hititas.
9. Extradición de los refugiados políticos hititas por parte de Egipto.
10. Extradición de los emigrantes hititas por parte de Egipto.
11. Extradición de los refugiados políticos egipcios por parte de los hititas.
12. Extradición de los emigrantes egipcios por parte de los hititas.



Dos objetos del gran faraón: pectoral y *anillo de los caballos* (Museo de El Cairo)

13. Se pone por testigos a los dioses hititas y egipcios.
14. Maldiciones para quien viole el tratado.
16. Amnistía y trato humano para los afectados por la extradición hitita.
17. Amnistía y trato humano para los afectados por la extradición egipcia.
18. Firmas (figuras) y sellos sobre la tablilla de plata, que se describen en las copias.

Tratado y boda

No cabe duda de que el contenido del tratado, a pesar de los treinta y tres siglos que lo separan de nosotros, puede inscribirse en el marco de los más modernos acuerdos entre países, salvando las distancias. Es cierto que los límites del Imperio egipcio en Asia conseguidos por Thutmosis III en la dinastía XVIII quedaban ahora bastante reducidos, porque la influencia hitita se hacía sentir hasta el interior de Siria, en el valle del Orontes. Pero no es menos cierto que la firma de este tratado supuso casi medio siglo de auténtica paz y estabilidad en todo el Oriente. En efecto, ambos firmantes cumplieron las condiciones del acuerdo hasta el final de sus vidas, y en todo Oriente no hubo potencia capaz de oponerse al bloque aliado egipcio-hitita.

Como ratificación del pacto, catorce años después de su firma (1264 a. C.), Ramsés II se casó con la hija de Hattusil III, que tomó el nombre egipcio de Maa-Hor-Nefrure. Las noticias proceden de varias estelas egipcias, conocidas como «estelas del matrimonio», que se grabaron al menos en Abu-Simbel, Elefantina y Karnak. La ratificación de un tratado o simplemente de una amistad entre dos países mediante una boda real es algo que tenía ya una larga tradición en el ámbito oriental. Los escribas egipcios aprovechan la pomposa circunstancia para hacer gala de sus conocimientos literarios en la descripción de la fraternidad reinante entre hititas y egipcios durante la celebración de la boda, a la que asistió el propio Hattusil III, asombrado de la fastuosidad egipcia.

Los hechos posteriores dieron la razón a la efectividad del tratado. Ramsés II vivió aún bastantes años, hasta 1234 a.C., gozando Egipto de una paz y prosperidad absolutas. Sólo al final de su reinado, ya octogenario, comenzó a presenciar el empuje de un nuevo enemigo para Egipto, al que habrían de enfrentarse sus sucesores: los llamados *Pueblos del Mar,* que procedentes de la región de los Balcanes y del mar Negro arrastraban en su movimiento hacia el sur a otros pueblos, lo que provocó la caída y desintegración del Imperio hitita tras la muerte de Hattusil III, hecho que habría de traer graves consecuencias para todo el Oriente y Egipto.

El constructor de Egipto

F. J. Presedo Velo
Catedrático de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla.

Ramsés II fue sin duda el faraón más constructor de toda la Historia de Egipto. Es cierto que siguiendo una vieja costumbre, usurpó algunas obras de sus predecesores, pero aun así, los monumentos enteros o en ruinas conservados de su reinado suponen varias decenas, y necesariamente tenemos que suponer que la incuria de hombres o del tiempo destruyó otros muchos, además de los que no se han descubierto o identificado. Geográficamente se extienden desde la orilla del Mediterráneo hasta Amara, en el Sudán.

Este fenómeno tiene una doble explicación. Por una parte, la indudable riqueza y prosperidad de que gozó Egipto durante el largo reinado de Ramsés, y por otra la decidida voluntad del rey de llevar una política de prestigio en todos los aspectos de la vida egipcia, y uno de los más eficaces medios de propaganda siempre fue la construcción de monumentos. Ramsés quería ofrecer una imagen grandiosa de la realeza restaurada después de la gran crisis de la dinastía XVIII con el episodio de el-Amarna.

Abydos. En esta venerable ciudad construyó Ramsés II el templo de obra más cuidada y de material más costoso, dedicado a Osiris y al culto funerario del propio rey. Sigue el esquema clásico del templo egipcio, con dos pilonos a la entrada, y en cuyas paredes se inscribió el llamado *poema de Pentaur,* además de otros textos de carácter sagrado, un gran patio y dos salas hipóstilas franqueadas de capillas laterales. De una de estas capillas procede la famosa *mesa de Abydos* que se conserva en el Museo Británico.

Rameseum. El verdadero templo funerario de Ramsés II fue el que se eleva al sudeste de la colina de Shiej Abd-el-Gurna en la orilla izquierda de Tebas y que se conoce por Rameseum. Es una construcción grandiosa de cerca de 300 m. de largo y la mitad de ancho. Comprende además del templo grandes almacenes, un palacio del rey y una escuela de escribas, todo ello constituyendo un gran complejo, que presenta un aspecto ruinoso, quedando en pie una mínima parte de sus elementos. El primer pilono lleva en su decoración el tema, convertido en *leitmotiv,* de las campañas del rey contra los hititas el año 5 y el 8. Escenas de guerra con la carrería en marcha y el rey arengando a las tropas, escenas de campamento, la batalla de Qadesh con las incidencias del combate, derrota y persecución del enemigo, y finalmente el sacrificio de los prisioneros. En el primer patio, casi destruido, se encuentra una estatua sedente del rey, de tamaño colosal que debió pesar más de mil toneladas. La sala hipóstila conserva parte de las soberbias columnas y los techos pintados, de una calidad extraordinaria.

Luxor. Ramsés II, como era de esperar, construyó mucho en Luxor. Al templo de Amenofis III, completado por Tutankhamon, le añadió hacia el norte el famoso patio en forma de trapecio, desviando el eje del templo respetado por sus antecesores. En tamaño supera al de Amenofis, y conserva la estructura de las dos filas de columnas por el nordeste y oeste. Hacia la parte norte se cierra con un pilono que en sus paredes lleva grabadas escenas de la campaña del año 5 y en inscripciones los textos del *poema de Pentaur.* Delante del pilono hay seis estatuas colosales, las dos centrales sedentes y las laterales de pie. Frente al pilono se colocaron dos obeliscos del rey, uno de los cuales fue regalado a Francia en 1831 y puede verse hoy en la plaza de la Concordia de París.

Karnak. En Karnak la obra de Ramsés es de carácter similar. En el conjunto de templos que es Karnak, Ramsés II deja su huella como tantos otros faraones. En el muro sur de la gran sala hipóstila el faraón perpetuó en los

Rameseum, templo funerario erigido por Ramsés II en la zona de las necrópolis de Tebas

relieves los sucesos de la guerra contra los hititas, concretamente las campañas del año 8 y del 11, que venimos viendo en todas sus construcciones. En un muro perpendicular al anterior podemos ver el texto del tratado egipcio-hitita, que puso fin a las guerras el año 21 de su reinado. La huella del rey queda asimismo en las dos estatuas situadas delante del segundo pilono.

Herakleopolis. En esta ciudad Ramsés II reconstruye casi por entero el templo de Herishef, dios tutelar de la ciudad, del que quedan dos colosos. La campaña de 1977 ha descubierto dos epígrafes con el nombre del faraón, lo que evidencia la existencia de otras construcciones, cuyas piedras fueron posteriormente aprovechadas.

Menfis. La obra de Ramsés en Menfis debió ser fabulosa. Las ruinas actuales son exiguas y no dan en modo alguno idea de lo que debió ser esta ciudad, la primera capital de Egipto



unificado, y tal vez la ciudad de mayor tradición histórica de Egipto. En ella encontramos el gran coloso de Ramsés II, que cuando estaba completo medía 13 m. de altura. Otro similar del mismo yacimiento se encuentra en el gran patio de la estación de El Cairo. Últimamente se ha excavado el templo de Hathor construido por mandato de nuestro activo faraón.

No podemos dar detalles, porque alargaría demasiado este trabajo, de la actividad constructora de Ramsés II en *Tanis,* donde dejó su huella en el gran templo de la ciudad con su columnata papiriforme, los colosos y la estela del año 400, así como el templo del este. Esta ciudad adquirió una gran prosperidad precisamente en tiempos de nuestro faraón, al trasladarse la capital al norte.

En *Saqqara* manda restaurar el nombre de Unas, lo que efectúa su hijo Khamuast. En *Antinoe* conocemos un templo, con una sala hipóstila cuyas columnas están decoradas con cuadros que representan a Ramsés II dando culto a varias divinidades. Se cree que Ramsés usurpó un templo de Amenofis IV. En *Bubastis* se pueden ver fragmentos con los cartuchos de Ramsés II, lo que es prueba de construcciones aún no identificadas. *Coptos* tuvo un templo construido por Tutmés III, remodelado en tiempos de Ramsés II. En *el-Kantara* un templo, en *Shedit* (Crocodilópolis, el Fayum) un templo de la dinastía XII dedicado a Sobek, reconstruido por Ramsés, y fragmentos de estatuas de este faraón. En *Ismailía* se conserva una serie de restos pertenecientes a este faraón encontradas con motivo de la *reconstrucción* del canal de Suez, y de las ciudades situadas en los alrededores de la zona; la mayor parte proceden de *Pithom, Tell el Mashkuta y El-Kantara:* estelas, naos, esfinges, inscripciones, etc.

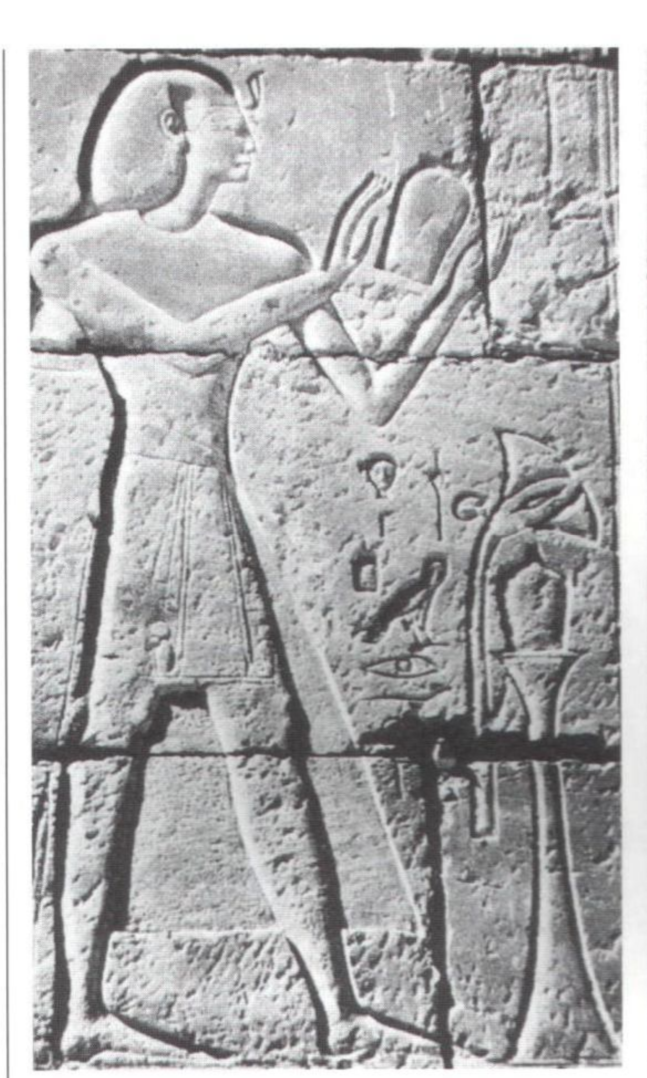
Los Templos del Sur

Esto en cuanto al Egipto propiamente dicho. Pero la labor constructora del faraón se extendió hasta las regiones alejadas del sur, donde la presencia egipcia se había afirmado desde muy antiguo. Nubia tenía para Egipto una importancia capital en el aspecto económico, y en esta región encontramos una espléndida representación de la arquitectura ramésida. A lo largo del Nilo podía verse hace unos años una serie de templos del mayor interés, pero después de la construcción de la gran presa de Asuán, han sido trasladados y asentados lejos de su lugar originario, y algunos de los que un tiempo adornaron las riberas del río han sido trasladados a otras latitudes con evidente desprecio de lo que significa un monumento creado en un lugar y para un fin determinado. El prestigio del rey alcanza a esta región meridional de una manera palmaria. De norte a sur enumeramos los siguientes:

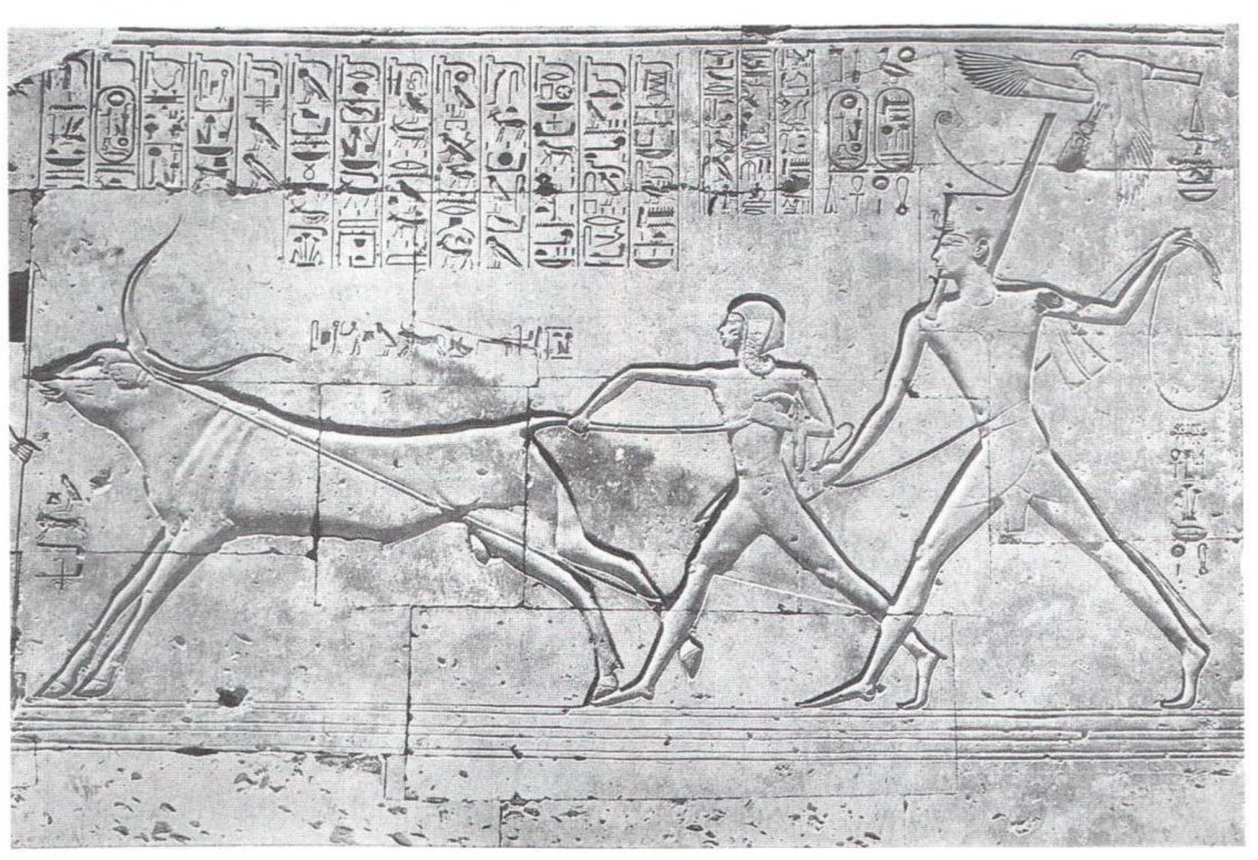
Beit el Wali. Pequeño speos excavando en la ribera del río. Una vez más sus paredes fueron decoradas con escenas militares, de acuerdo con la idea fija de la propaganda que preside la actividad constructora de Ramsés II. El patio al aire libre ostenta en sus muros una escena en la que el rey asiste a la llegada de los prisioneros conducidos por Amón; en otra aparece en su carro persiguiendo a los asiáticos; en una tercera se ve el ataque a la fortaleza. Otro tema de esta decoración parietal es el vencimiento de Nubia y la recepción de los tributos de este país: metales preciosos, gacelas, colmillos de elefante, jirafas, etc. El templo propiamente dicho consta de vestíbulo y el santuario con escenas en las que el rey hace ofrendas a distintas divinidades: Horus de Buhen, Khnum, Satis e Isis.

Wadi es-Sebua (Río de los leones). Templo dedicado a Amón y Ra-Karaktis, construido a finales del reinado de Ramsés II, de una manera descuidada. Se accede al templo por una avenida de esfinges y dos estatuas colosales del rey. El pilono de entrada lleva en sus paredes relieves que representan al rey haciendo sacrificios a las divinidades tutelares del templo. El patio abierto está blanqueado de columnatas de pilares cuadrados, enfrente de los cuales hay figuras del rey. Después empieza la parte excavada en la roca con una sala hipóstila corriente. El techo va sostenido por doce pilares cuadrados, seis de los cuales son estatuas colosales de Ramsés II. Finalmente las salas interiores y el santuario, embellecidos con relieves y en la pared oriental del santuario, estatuas talladas en la roca, de Amón, Ramsés y Ra-Harmakhis.

Derr. Consagrado a Amón-Ra, exca-




Arriba, dos representaciones de Ramsés II, presentando sus ofrendas a los dioses (relieves del Rameseum). Abajo: Ramsés II y sus hijos cazan un toro (relieve del templo de Abydos)



vado completamente en la roca, hasta una profunidad de 33 m. Se penetra en él por una sala hipóstila con doce pilares cuadrados en tres filas; a continuación un vestíbulo sostenido por seis pilares en dos filas, y finalmente el santuario y dos capillas laterales. Los relieves de este templo, aparte de las escenas religiosas de la sala hipóstila y del vestíbulo, son de carácter histórico del mismo género que los de Beit el-Wali: Ramsés cargando sobre los nubios asustados que huyen a su campamento de las colinas, un herido es transportado por sus compañeros, quien anuncia la derrota al mujerío. Es una bella escena del terror que infundía el faraón a sus desmandados súbditos, pánico del que participan hasta los ganados de los negros.

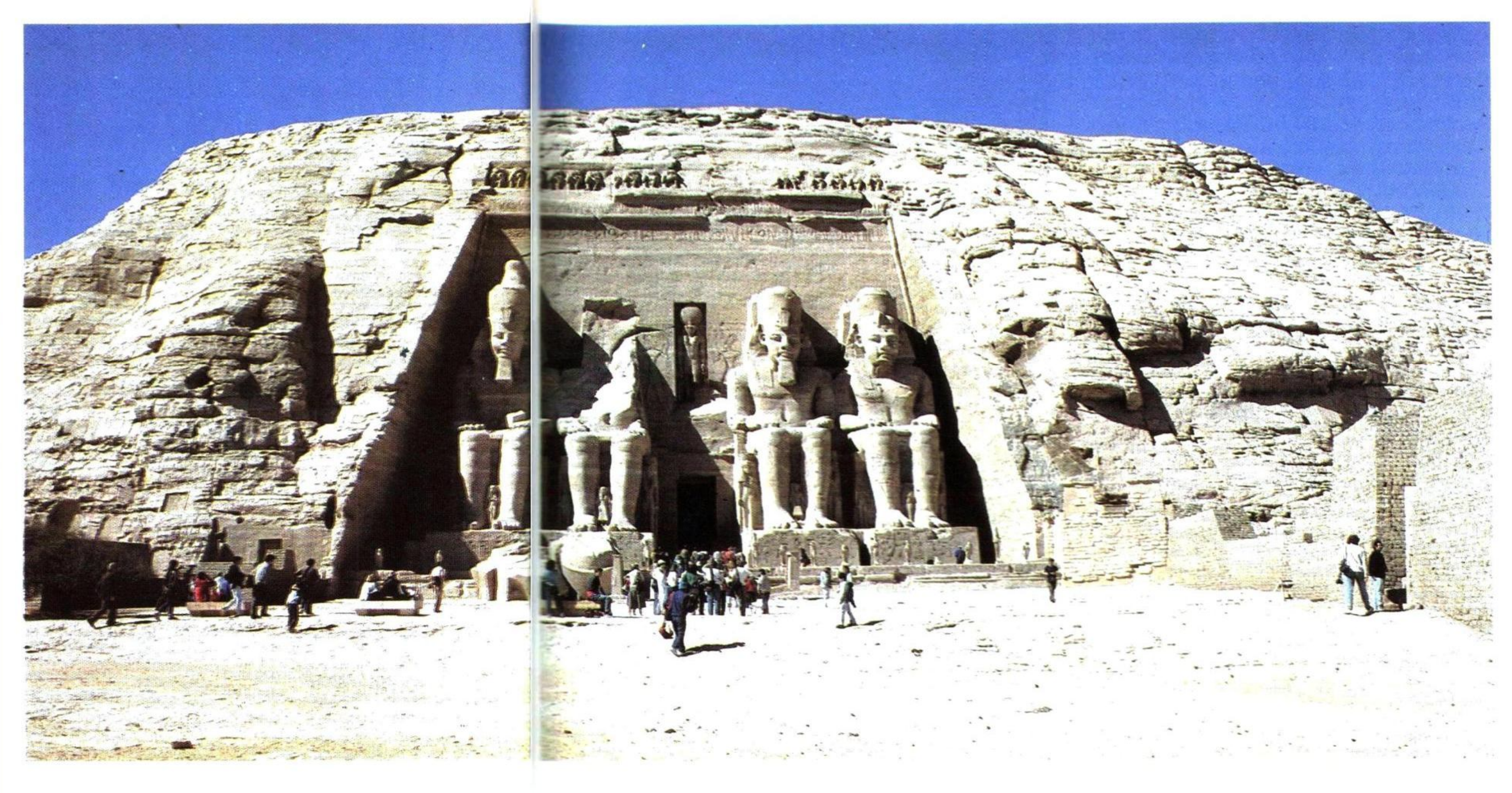
Gerf Husein. Templo construido hacia el final del reinado de Ramsés, puesto que las obras fueron emprendidas por Setaw, el último virrey del faraón en Nubia. Dedicado al dios Ptah, se construyó según el modelo de Abu-Simbel. Consta de un patio al aire libre, rodeado por tres pilares cuadrados cada uno con una estatua colosal de Ramsés. La hipóstila está excavada en la roca, con el techo sostenido por pilares cuadrados, en frente de los cuales existen estatutas colosales del rey en atuendo osiriano. En el santuario, talladas en la roca de Ptah, Ramsés divinizado, Ptah-Tenen y Hathor.

Abu-Simbel

De todos los templos de Nubia, y para algunos de todo el Egipto antiguo, Abu-Simbel es la obra más extraordinaria. Su situación alejada de los grandes centros políticos y religiosos, sus colosales proporciones, su significación histórica, le confieren una importancia capital dentro del arte egipcio. El templo fue empezado por Seti I, padre de Ramsés II, y parece que la excavación estaba bastante avanzada cuando Ramsés II subió al trono. Este prosiguió los trabajos desde que se hizo cargo del poder, y en sus numerosas inscripciones no menciona para nada la obra de su predecesor. Sabemos que el templo se debe al trabajo de prisioneros de guerra y se terminó antes de la mitad del siglo XIII a.C. Se dedicó a Ra-Harmakhis como muchos otros templos de Nubia. Está completamente excavado en la roca arenisca nubia en la orilla izquierda del río, con una profundidad de 63 m. El eje de speos desde la puerta hasta el santuario coincide con la dirección de los rayos solares al amanecer, que llegan hasta las estatuas del santuario, produciendo al espectador que tuvo la fortuna de verlo una impresión única en la contemplación de las maravillas arquitectónicas del antiguo Egipto. En la fachada asombran los cuatro colosos de Ramsés II de dimensiones fabulosas (20 m. de altura). La fachada se remata por una doble inscripción con la titulatura del rey, una línea de *uraei* y cartuchos reales, y finalmente una cornisa de cinocéfalos. Los colosos llevan entre las piernas figuras menores de Nefertari y de los príncipes reales. Descansan sobre el zócalo con relieves representando prisioneros de guerra, tal vez los mismos que construyeron el monumento.

El interior del templo reproduce en speos la planta característica. En primer lugar el vestíbulo que se abre a la hipóstila, con ocho grandes pilares en dos hileras, que llevan adosadas estatuas osirianas del faraón. Las paredes de la sala muestran una rica decoración en relieve de temas militares y escenas de culto. Entrando a la derecha una representación de inmolación de prisioneros y como nota curiosa, la firma del artista, cosa rara en el arte egipcio que en su mayoría es anónimo. Solamente en este alejado rincón de Nubia el artista se atreve a dejar constancia de su personalidad. En la pared norte un grandioso relieve que narra todas las vicisitudes de la batalla de Qadesh, el año 5 del rey, tal como lo hemos visto en los demás templos de Nubia, en el Rameseum y en Karnak. Pero esta vez con un despliegue de detalles mucho mayor, dividida la acción en registros, que abarcan desde el consejo de guerra, el interrogatorio de los espías hititas, el campamento egipcio, la partida de tropas, el combate en torno a Qadesh y la victoria egipcia. Las demás paredes continúan la misma narración, destacando en la pared meridional la escena del rey combatiendo al hitita. De la hipóstila se accede a un vestíbulo con cuatro pilares, luego a la antecámara del santuario y finalmente al santuario con las cuatro divinidades del templo: Ptah, Amón, Ramsés y Ra-Harmakhis.

La admiración despertada por Abu-Simbel entre los visitantes antiguos y modernos, quedó plasmada en los innumerables grafitos inscritos en su fachada e interior. Los expertos modernos han emitido toda clase de juicios que van desde «la gigantesca abominación» hasta «en ninguna época ni en lugar alguno de Egipto se siente una tal capacidad para apreciar el espíritu antiguo egipcio de adoración». De acuerdo con Wolf, podemos decir que



El espectacular templo de Ramsés II en Abu-Simbel, salvado por la UNESCO de las aguas de la presa de Asuán

aún para aquél a quien repugne lo colosal, Abu Simbel, gracias a su perfección técnica, aleja toda sensación de lo basto, lo gigantesco y lo ampuloso. Añadiremos que es un ejemplo de voluntad artística plenamente realizada.

Unos metros más al norte, Ramsés mandó edificar en honor de su mujer Nefertari, un templo dedicado a Hathor, no sabemos si por el mismo arquitecto, pero sí decorado por los mismos artistas. Se trata de otro speos con la fachada en forma de pilono. A ambos lado de la fachada hay tres nichos con estatuas de 10 metros de altura que representan al rey y a la reina en distintas personificaciones, y otros laterales con los príncipes y princesas. La hipóstila es rectangular con pilares y relieves en los que aparecen el rey y la reina, sacrificando aquél, un libio a Horus y un negro a Amón-Ra. Por tres puertas se accede al vestíbulo con dos capillas laterales, y al fondo el santuario de la diosa Hathor.

Más al sur, Ramsés mandó edificar un templo en Aksha, actualmente en el Museo de Jartum, del que se conservan listas de pueblos vencidos asiáticos y africanos con sus correspondientes relieves ilustrativos. El más meridional se encuentra en Amara.

Tumba de Nefertari

Es curioso que este rey, tan preocupado por las construcciones monumentales, se hubiese preparado una tumba que no sobresale por su tamaño ni por la riqueza de su decoración. Emplazada en el valle de los Reyes de Tebas, se presenta como una tumba de forma que sigue el esquema de la dinastía XVIII, y que hasta ahora no ha merecido un estudio monográfico, ni siquiera una descripción minuciosa.

Por el contrario, la tumba de Nefertari, su amada esposa real, es una de las más bellas de la necrópolis tebana. Ya hemos visto cómo Ramsés le dedicó el pequeño templo de Abu-Simbel. La tumba fue descubierta por Schiaparelli el año 1904 en el valle de las Reinas (Biban el-Harím). Presenta la planta típica de la dinastía XIX, con un pasillo largo que conduce a la cámara mortuoria. Se accede a ella por una escalera de 18 pasos, que da acceso a una primera cámara de forma cuadrada, cuyas paredes están cubiertas de pinturas representando a Nefertari adorando a Osiris acompañado de Anubis. La escena va acompañada del texto correspondiente al capítulo 17 del Libro de los Muertos. Adosada a ésta existe una cámara lateral, cuya finalidad es albergar las pinturas que nos presentan a la difunta adorando a los dioses por los que en vida demostró especial devoción: Atum y Osiris, Ptah y Thot.

Desde la primera cámara se pasa por un largo corredor a la parte propiamente funeraria de la tumba, una gran estancia sostenida por cuatro pilares, con cuatro pequeñas cámaras anejas destinadas a contener las ofrendas funerarias. Sus paredes ostentan una decoración pintada realizada con un cuidado especial. Excelentes pinturas recorren todos los muros, y en ellas podemos ver todas las vicisitudes del alma en su peregrinar por el más allá. Desde el punto de vista de valoración estética hemos de decir que se trata de una maravilla de ese estilo ramésida, en el que se funden las tradiciones antiguas con el aliento poético que apareció por primera vez en el Amarna y no se perdió del todo en las épocas posteriores. La seguridad del trazo de las figuras —novedad en el arte egipcio— es característica de esta joya del arte funerario de la égida de Ramsés II.



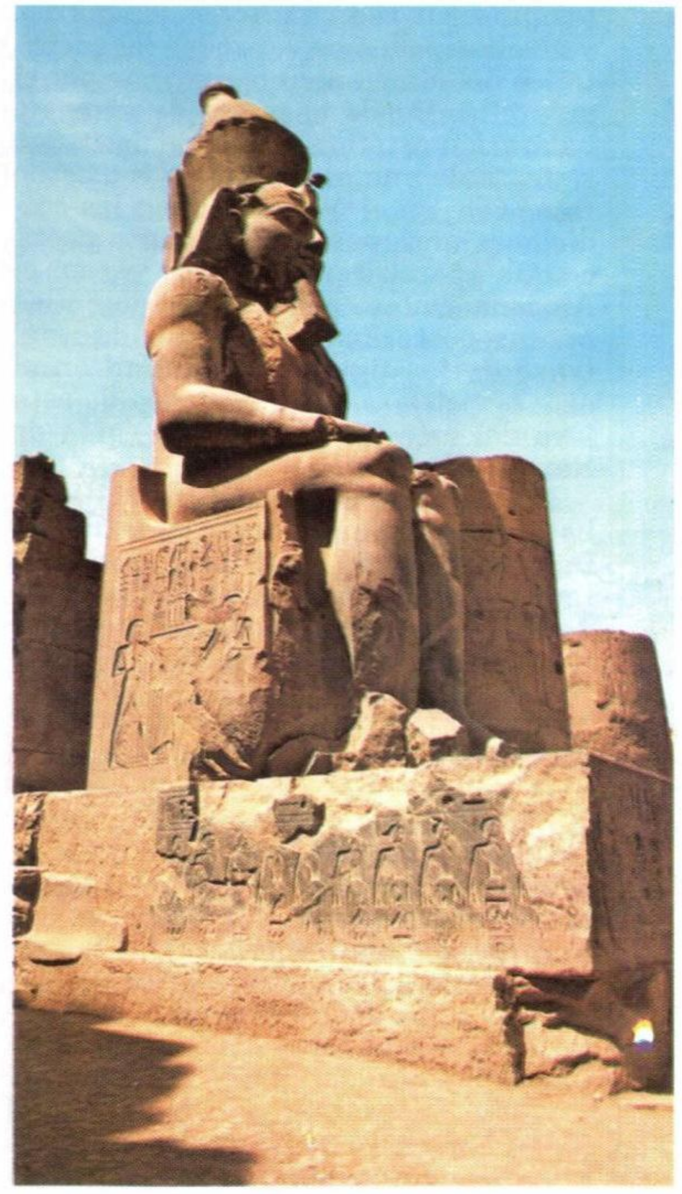
Nefertari presenta sus ofrendas a Isis (tumba de Nefertari, en la Necrópolis de las Reinas en Tebas)

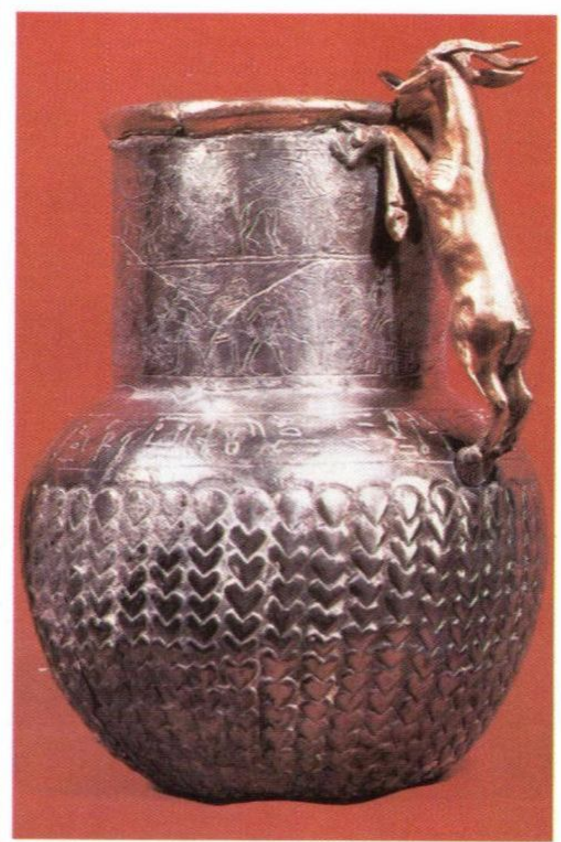
No podemos ocuparnos de las tumbas de particulares construidas durante el reinado tan largo de Ramsés. Citemos como ejemplo la tumba de Ipuje de Deir el-Medina, importantísima por las pinturas que la decoran.

Escultura de bulto redondo

Los ideales que informan la estatuaria de este reinado, especialmente la estatuaria real, son los mismos que hemos encontrado en la arquitectura: dar una imagen digna de la realeza tan maltratada en la época anterior. Un buen ejemplo de lo que pretendía la estatuaria oficial lo tenemos en la estatua de Ramsés del Museo de Turín. El rey está sentado en su trono, con la mano izquierda apoyada en el muslo, mientras que con la derecha sostiene el cayado; va tocado con la corona azul. A los lados, la reina y un hijo. Destaca en esta pieza la finura del acabado de las formas, típico de este momento estético. El rictus de la boca caracteriza a un hombre de fina sensibilidad, que resume en sí una larga historia de la realeza, y cuyo resultado es una majestad restaurada, pero transida de interioridad, de voluntad confiada en la bondad de los dioses.

En la misma línea podemos situar la figura del Ramsés arrodillado del Museo de El Cairo, con la pierna izquierda flexionada y la derecha extendida, ofreciendo en las manos extendidas una arqueta. El motivo es característico de la época de los Tutmosis, pero en este caso se ha conseguido una realización de una gran belleza, logrando una elasticidad de formas con la que se pudo reflejar la suma expresión del rendimiento ante la divinidad, pero no olvidemos que este rendimiento el rey





Izquierda, Ramsés II en una estatua colosal en el templo de Luxor. Arriba: vaso de oro y plata conocido como *vaso de la cabra*, procedente del tesoro de Zagazig (período ramésida, Museo de El Cairo)

lo otorga a los dioses y a su vez lo exige a sus súbditos.

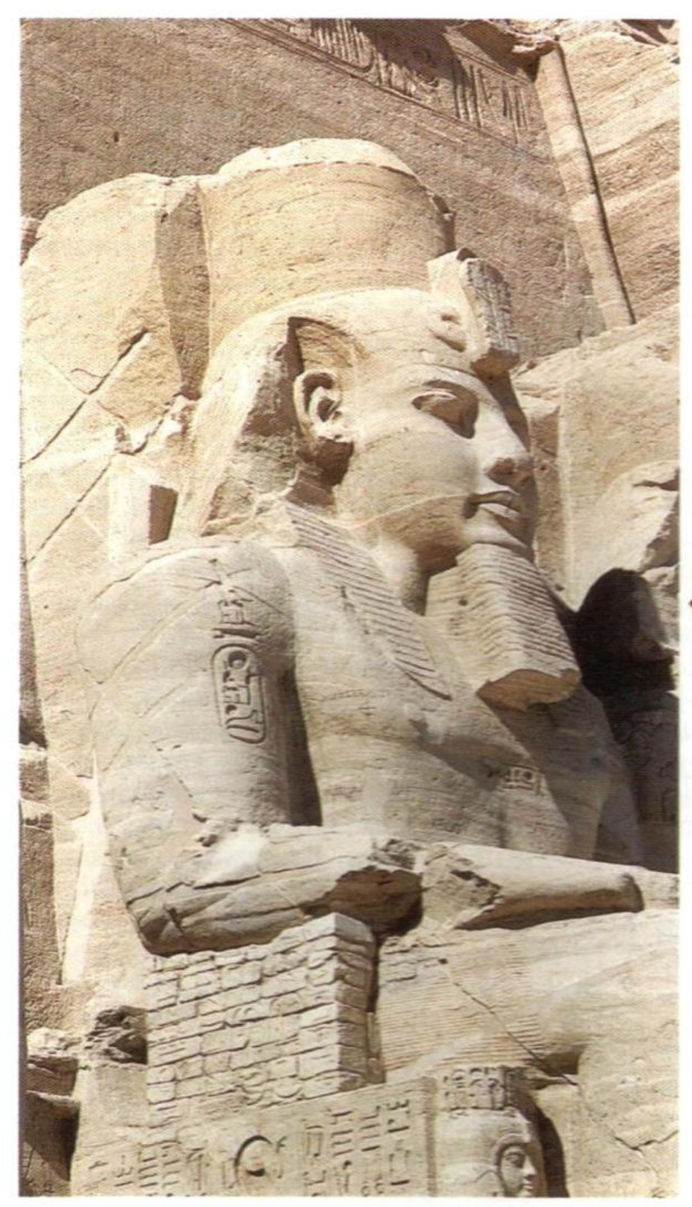
No nos ocuparemos de los innumerables colosos, porque forman parte de la arquitectura y calidad suele ser mediocre.

Las estatuas de las damas de la corte de Ramsés son un ejemplo claro de la importancia que la mujer adquiere en esta época. Importancia que no llega al papel preponderante de la época amárnica, de destacado cariz femenil, pero supera la tónica de la dinastía XVIII. Citemos la Tuja de Roma o la princesa del Museo de El Cairo.

Las estatuas de particulares continúan la tradición anterior y no encontramos grandes novedades, como demuestra el grupo familiar de Ptahmai del Museo de Berlín. En un gran número predomina el tipo de bloque cúbico con cabeza y brazos indicados sosteniendo un *naos,* con lo cual se integran en una unidad dos elementos dispares: la figura y el monumento. Sirva de ejemplo el Bekenkhons del Museo de Munich.

El relieve

Como es bien sabido, el relieve fue a lo largo de la historia del arte egipcio un medio de expresión de primera magnitud. A principios del Imperio Nuevo, el relieve sale del interior de los monumentos, donde servía fundamentalmente para vivificar los ambientes cerrados con escenas del mundo exterior. Ahora empiezan a decorarse los exteriores con escenas de las grandes hazañas de los faraones, para que el pueblo que acudía a las grandes fiestas participara de la gloria de sus reyes y de la piedad hacia los dioses.





Izquierda, estatua colosal de Ramsés II ante la Entrada del Rey al templo de Abu-Simbel. Arriba: una reina egipcia, probablemente una esposa de Ramsés II. Se trata de una de las mejores esculturas de la época (exquisito policromado, Museo de El Cairo)

Este hecho influye en la temática y en la técnica. Por una parte, los temas adquieren un carácter individual e histórico, en tanto que tienen que representar situaciones fácticas concretas, en las que el faraón debela a sus enemigos, recibe homenajes, etc. Por otra, al situarse los relieves en las partes exteriores de los muros, expuestos a la luz cegadora de Egipto que borra los contornos, es necesario utilizar el relieve rehundido que produce sombras y permite una mayor nitidez en los contornos. Era una técnica conocida desde antiguo, que ahora cobra nuevo vigor. Pero detrás de todo esto, hemos de ver una interacción entre arte y política, que en mi opinión, es una constante en todo el arte egipcio oficial.

Volvamos ahora a Ramsés II. Ya su padre, Seti I, demostraba en los relieves de los templos construidos por él la voluntad decidida de glorificar las hazañas de sus campañas militares, especialmente en Abydos, donde encontramos algunos de los más bellos de todo el arte egipcio y lo mismo podemos decir de algunos de Karnak, que representan las guerras asiáticas de Seti: guerra contra los hititas, batalla en Canaan, tala de cedros en el Líbano. Ramsés no hace más que seguir el mismo camino, pero magnificando si cabe, el sentido heroico de un imperialismo restaurado.

A lo largo de nuestra exposición hemos tenido ocasión de aludir a los temas tratados en los relieves que decoran las paredes de tantos templos, ahora insistiremos en las innovaciones estéticas que patentizan. En primer lugar, un cierto sentido de la representación del espacio tal como aparece en el gran relieve de Abu-Simbel de la batalla de carros con la figura de Ramsés disparando el arco desde el suyo. Ve-

mos cómo se intenta organizar espacialmente una gran formación militar de carrería e infantería con la ciudad de Qadesh en el centro izquierda del cuadro. El paisaje aparece por primera vez en El-Amarna, pero estaba reservado a los ramésidas el darle toda la importancia de que el arte egipcio fue capaz, y de esto el mejor ejemplo es el relieve de Luxor, en el que se logra un acierto de gran belleza con la representación de la ciudad en ruinas y el campo devastado. Al mismo tiempo que se trata de ahondar en el problema del espacio, entra de lleno en la voluntad artística de la época ramésida la búsqueda de lo temporal. Se intenta conseguir la expresión de lo fugaz, de lo instantáneo.

Como ejemplo de suma belleza, aduciremos la lucha de Ramsés II con un libio, que puede verse en el templo de Abu-Simbel. Champollion creía que era la obra maestra del arte egipcio. Aparece Ramsés asiendo al jefe libio con la mano izquierda, mientras con la derecha blande la lanza que apunta al pecho del vencido. La cabeza de éste inclinada, y las rodillas adelantadas, son la expresión del instante en que un hombre va a ser aniquilado para siempre por el golpe mortal. Por este camino se llega a los estudios sobre actitud de los cadáveres. Buen ejemplo es el hitita muerto flotando en las aguas del río, que encontramos en Abydos. Por primera vez se consigue representar la expresión del rostro, la rigidez de brazos y piernas y, en suma, la relajación final del cadáver.

En resumen, el arte del relieve, y casi podríamos decir todo el arte egipcio, alcanza con Ramsés II y sus sucesores, el punto más avanzado que le era dado conseguir. Poco después llegará el estancamiento y la vuelta a los cánones del Imperio Antiguo, con ese arcaismo característico de la época final. Pero para algunos sería falso considerar estos rasgos arcaizantes sólo como una incapacidad para llegar a la libertad y sacudir las cadenas que ataban su estética. Debe, incluso, admirarse como un instinto infalible para conocer los límites que no debían atravesar, si no querían rechazar su mundo figurativo, en el que se enraizaba la grandeza de su arte. Otro pueblo, el griego, con una sociedad más dinámica, logrará franquear los límites ante los que se detuvo la evolución interna del arte egipcio.

La literatura

El largo reinado de Ramsés II no puede menos de representar una etapa en la historia de las bellas letras egipcias. En todos los monumentos erigidos por el soberano, encontramos una gran cantidad de textos, que en muchos casos carecen de valor literario, pero en otros, es necesario incluirlos en el ámbito de la literatura. A éstos se suman los papiros, que constituyen el vehículo propio de la reproducción literaria y algunos *ostraka,* que en esta época son especialmente abundantes.

En términos generales, la literatura del Imperio Nuevo tiene unas características singulares. Después de la época clásica, que se inicia en la época heracleopolitana y se desarrolla en el Imperio Medio podemos observar una serie de fenómenos que caracterizan a una nueva etapa. En primer lugar, la lengua. Triunfa como lengua escrita el neoegipcio o lengua vernácula incorporada a la producción literaria. No obstante, los escribas seguirán estudiando los textos clásicos, y precisamente de la época de Ramsés II, poseemos una serie de *ostraka,* procedentes del Rameseum en los que los futuros escribas copian la *Instrucción de Armenmhat I,* entre otras producciones antiguas.

Pero además encontramos un nuevo espíritu. Durante la dinastía XVIII se impone una mentalidad más realista y más humana, con una profunda afirmación de la personalidad en todos los órdenes. Triunfa la poesía amorosa como expresión de la individualidad. Después del episodio armónico se vuelve a la ortodoxia convencional y a un pietismo religioso que en modo alguno excluye la sensibilidad para la belleza literaria.

En este breve resumen haremos alusión especialmente a las obras de contenido histórico, que no suelen incluirse en las historias de la literatura. Ramsés II nos ha dejado dos muestras de gran valor del género que habitualmente se llama analística: la lista de Abydos de Seti I mandada copiar por su hijo y el Papiro de Turín, escrito en el reverso de un libro de cuentas del reinado de Ramsés, ambas de impor-

tancia capital para la historia de Egipto.

La novela real

De la *novela real,* género típicamente egipcio, nos queda el famoso poema que los primeros egiptólogos llamaron *de Pentaur,* y que no es más que el relato de la batalla de Qadesh, compuesto en forma poética, según las normas del género, que se remonta a los tiempos de Sesostris III, continúa en la dinastía XVIII y llega hasta la época final. De acuerdo con estas estructuras, el rey es siempre el protagonista de la acción, no de una manera individual y personal, sino en su calidad de figura arquetípica. En el caso que nos ocupa, Ramsés II decide lanzarse a la acción, y en las vicisitudes del combate se encuentra abandonado por sus tropas rodeado de enemigos. Invoca a su padre Amón: *¿Qué es esto, padre mío, Amón? ¿Mi padre ha olvidado a su hijo?* El dios acude en su ayuda, y el poema describe con todo detalle el desarrollo de la batalla con el triunfo de las armas egipcias al segundo día de pelea. Como hemos visto, al hablar de los monumentos el poema debió de ser del agrado del rey, que lo mandó grabar en Abydos, Karnak y Luxor. Poseemos además la copia del Papiro Sallier III.

Del mismo reinado tenemos otro ejemplo de literatura laudatoria, esta vez con un carácter poético más acusado: el *Himno a Ramsés II,* compuesto en estrofas de distinta extensión, cada una de las cuales termina con la frase *el rey Ramsés.* La primera parte del poema es una glosa de la literatura real y la composición propiamente dicha es una exaltación a la fuerza del rey, a su valor, el temor que infunde a sus enemigos, el debelador del poder de Hatti. Se le compara al chacal, que en un instante llega hasta los confines de la tierra en busca de su presa, el halcón, etc. Este poema aparece grabado en Abu-Simbel.

En el campo de la lírica menor poseemos un bello poema, del que por casualidad conocemos el hombre de su autor, Neb-ra, quien compuso unos versos para una estela de la necrópolis tebana, pidiendo a Amón que no se ensañara con su hijo enfermo de muerte. Según Erman, abundaban los poetas locales que componían sus versos para consumo de las gentes que enterraban a sus muertos en las necrópolis.

Bibliografía

Para una primera información, pueden verse las historias generales en sus capítulos correspondientes, por ejemplo:
E. Drioton y J. Vandier, *Historia de Egipto,* Buenos Aires, 1968. R. O. Faulkner, *Egypt: From de Inception of the Nineteenth Dynasty to the Death of Ramses II,* Cambridge, 1966, en Cambridge Ancient History.
La bibliografía específica es abundantísima. Seleccionamos los títulos siguientes:
K. A. Kitchen, *Ramses II. Le Pharaon Triomphant,* París, 1985. Ch. Desroches-Noblecourt, *Ramses II,* París, 1976. J. D. Schmidt, *Ramses II,* Baltimore, 1973. H. Goedicke y G. Thausing, *Nofretari,* Graz, 1971, L. A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions,* II, 1-3, oxford, 1969. J. H. Breasted, *Ancient Records of Egypt,* vol. III, Nueva York, 1906. Ch. Kuentz, *La bataille de Qadesh,* El Cairo, 1928-34. S. Hassan, *Le poème dit de Pentaour. Qadesh,* El Cairo, 1928. L. A. Christophe, *Abou-Simbel,* Bruselas, 1965. C. F. Nims, *Thebes,* Londres, 1968. M. Bietak, *Tell Dab'a,* II, Viena, 1975. M. Bietak, *Avaris and Pi-Ramese,* Londres, 1981. Ricke, Hughes y Wente *The Beit el-Wali Temple of Ramses II,* Chicago, 1973. F. Gomaa, *Chaemwese, Sohn Ramses II und Hohenpriester von Memphis, Wiesbaden, 1973. J. Cerny, A Community of Workmen at Thebes in the Ramesside Period*, El Cairo, 1973. A. H. Gardiner, *Ramesside Administrative Documents,* Oxford, 1958. A. Badawy, *Memphis als zewite Landeshaupt-stadt in Neun Reich,* El Cario, 1948. H. Helck, *Die Beziehungen Aegyptens zu Vorderasien,* Wiesbaden, 1971, R. Kraus, *Das Ende der Amarnazeit,* Hildesheim, 1979. J. H. Breasted, *The Battle of Kadesh,* Chicago. M. B. Rowton, *A Comparative Chronology at the Time of Dinasty XIX,* en Journal of Near Eastern Studies, 19 (1960), págs. 15-22. A. W. Shorter, *Reliefs showing the Coronation of Ramesses II,* en Journal of Egyptian Archaeology, 20 (1934), págs. 18-19. M. Kuentz, *La Stèle du Mariage de Ramsés II,* en Annales du Service des Antiquités de l'Egypte, 25 (1925), págs. 181-238. L. Habashi, *Setau, the Famous Viceroy of Ramesses II an his Career,* Cahiers d'histoire égyptienne, 10 (1967), págs. 51 y sigs. L. Habashi, *The Jubilees of Ramesses II and Amenophis III with reference to Certain Aspects of their Celebration,* en Zeitschrift für Aegyptische Sprache und Altertumskunde, 97 (1971), págs. 64-72.

LOS ACCIDENTES DE CIRCULACION SON LA PRIMERA CAUSA DE MUERTE ENTRE LOS JOVENES DE 18 A 24 AÑOS.

MAS DE 14.000 JOVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS MUEREN CADA AÑO EN LA UNION EUROPEA; aunque sólo representan el 15% de la población, uno de cada 4 fallecidos en la UE no sobrepasa los 24 años.

Entre las causas predomina el factor humano como productor de la mayoría de los accidentes, destacando **el consumo de alcohol** como desencadenante de los accidentes mortales.

Los jóvenes tienen en toda Europa comportamientos parecidos a la hora de divertirse. Noche, música y alcohol con desplazamientos en coche.



FOTO MARCOS GONZALEZ

Por contra, la mayoría de los jóvenes muestra un grado aceptable de concienciación equiparable, y a veces superior, a los adultos. Lo cual hace que su responsabilidad sea cada vez mayor sobre las consecuencias del alcohol. Ello ha sido origen del descenso de muertes en accidente de circulación de jóvenes en el período que va de 1991 a 1994, pasando de un 26 a un 20%.



